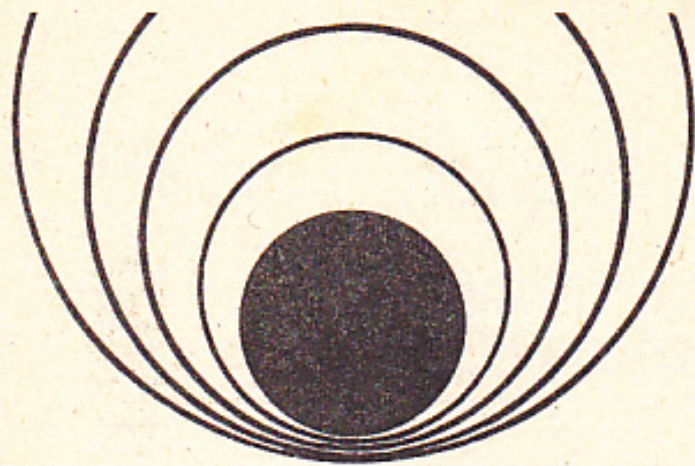


**PUNTO
ROJO**

Review of
**WOOD GREEN,
SABADO NOCHE**

Kelltom McIntire





PUNTO ROJO



KELLTOM MCINTIRE

WOOD GREEN, SABADO NOCHE

Colección PUNTO ROJO n.º
968
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483. — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

922. — No te fíes de Paul Halkin.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.567. — Galería de la muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988. — Pasaporte al más allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170. — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949. — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867. — El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 27.332 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1980

© Keltom McIntire - 1980

texto

© Rafael Cortiella -1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona -1980

CAPITULO PRIMERO

La noticia apareció en la edición vespertina de los periódicos de Londres:

«Golpe de cinco millones de libras esterlinas.
“Rififi” en una sucursal del West Bank.»

Para el inspector James Benedith de Scotland Yard, el robo al West Bank suponía algo más que un regular dolor de cabeza: una inexplicable incógnita.

Benedith estaba casado con una bella irlandesa pelirroja llamada Aida, que le había dado dos preciosos hijos igualmente pelirrojos, Susan, de ocho años, y Red, de seis. Por lo demás, el inspector James Benedith era una persona absolutamente normal: de estatura mediana, delgado y fibroso, cabellos pajizos y tez bronceada que debía a su afición al deporte en los espacios abiertos. Era, además, un hombre inteligente y voluntarioso, que se sentía muy satisfecho de su suerte. Sus camaradas de profesión y sus superiores le tenían en gran estima, no sólo por sus cualidades humanas, sino también gracias a su prestigio profesional.

Vivía en la parte más alejada de West Kensington —a unos cuatro kilómetros de la sucursal bancaria robada—. El y su familia ocupaban un bello chalet adosado que disponía de una zona de césped ante la fachada y un pequeño huerto en la parte posterior, donde Benedith cultivaba en el buen tiempo verduras y algunas legumbres para consumo propio.

Por lo común, James Benedith era un hombre bien humorado. Pero ahora, hoy, dieciocho de noviembre, se sentía de un humor de todos los diablos.

La denuncia fue puesta por Edmond Carlyle Brown, el gerente de la sucursal del West Bank en Gummerbury Park.

—Acabamos de descubrir el robo. Los ladrones han abierto un agujero en el techo de la cámara acorazada y se han llevado cinco millones de libras esterlinas. Es decir, el depósito que habíamos dejado ayer tarde. Vengan, por favor. ¡Esto va a ser mi ruina!

El superintendente hizo venir a James Benedith y le informó del asunto:

—Vaya a Gummerbury Park y trate de calmar a ese pobre hombre —se refería al gerente Brown—. Telefonéeme. Le enviaré un equipo de huellas y un fotógrafo.

Benedith se hizo acompañar por el sargento de detectives Thompson, de unos cuarenta años y hombre muy fornido y expeditivo.

Llegaron a Gummerbury Park hacia las once de la mañana. Un excitado gerente les guió hasta la cámara acorazada, cuya puerta estaba aún abierta.

Los depósitos en metálico del Banco y varios paquetes de acciones y otros valores pertenecientes a diversos clientes, habían ocupado la estantería de la izquierda.

—No tocaron los valores, pero se llevaron el dinero. ¡Cinco millones de libras en números redondos! —gimió Edmond Carlyle Brown, y se llevó las temblorosas manos a su calva cabeza.

—¿Sólo eso? —preguntó Benedith.

Brown palideció.

—¡Por Dios todopoderoso, inspector! ¿Le parece poco? Esto servirá para hundirme irremisiblemente —se lamentó el pobre hombre.

Pero Benedith señaló las cajas de seguridad que ocupaban el paño de la derecha. Medio centenar de cajas de caudales rigurosamente alineadas y numeradas.

—Me refiero a si han comprobado el contenido de esas cajas —insistió.

La frente de Brown se cubrió de gotitas de sudor.

—¿Las cajas? ¡No, por San Patricio! —clamó demudado— No se me ocurrió... Compréndalo, inspector: dieron el golpe de una forma brutal, destrozando el techo, abriendo un pequeño boquete en el blindaje de acero. Es una faena burda, salvaje. Ni por un momento se me ocurrió pensar que las cajas... ¡Vea, no hay muestras de que hayan sido forzadas!

En efecto, según pudieron comprobar, Benedith y el sargento Thompson, no pudieron hallar la menor señal de violencia en las cajas.

Pero el inspector sonrió levemente.

—Me temo que tendrá que inspeccionar esas cajas, míster Brown —dijo—. ¿Cuál es su contenido?

—No lo sé... ahora mismo —respondió el gerente, cada vez más nervioso—. Son cajas alquiladas a clientes. Tendríamos que hacerles venir y...

—Pues hágalo en cuanto hayamos registrado las huellas —le recomendó Benedith. Dirigió una lenta mirada a su alrededor y añadió—: Imagino que ni usted ni alguno de sus empleados habrá tocado nada aquí dentro...

—¡Desde luego que no..., desde ayer! —se apresuró a contestar Edmond Carlyle Brown, con una expresión tan atribulada que movió a compasión al inspector Benedith—. No permití que nadie entrara aquí en cuanto descubrí que...

Le explicó que el mecanismo de seguridad de la cámara

acorazada era de relojería y que sólo podía abrirse a las diez en punto de la mañana y a las siete de la tarde, hora en que, terminadas las operaciones contables, eran devueltas a la caja las cantidades en metálico. Brown se lamentó de que una caja a prueba de asaltos, que había costado al Banco doscientas mil libras, hubiera sido saqueada tan fácilmente.

A Benedith le sorprendió el pequeño hueco del techo. Los ladrones habían roto el hormigón y practicado, después, un agujero en el blindaje de acero, valiéndose de un soplete de oxí-corte muy potente.

—Parece obra de... un chiquillo —murmuró el sargento Thompson, desorientado.

Era lo mismo que Benedith estaba pensando en aquel momento. Aunque los bordes del metal habían sido remachados cuidadosamente para impedir que las rebabas desgarrasen el cuerpo de la persona que debía deslizarse por allí hasta la cámara, el boquete o «boutrón» apenas mediría treinta centímetros de diámetro.

—Demasiado estrecho para permitir el paso de un adulto, en efecto. Aunque...

—¿Sí? —dijo Thompson.

—Es posible que ni siquiera penetrasen en la cámara. Algunos «expertos» se valen de artilugios articulados para apoderarse de objetos a distancia —respondió Benedith—. Si es así, mucho me temo que no hallaremos ninguna huella de los ladrones.

Brown se excusó un momento: tenía que ponerse al habla con los clientes que utilizaban las cajas de alquiler para verificar su contenido.

Mientras Benedith observaba el agujero del techo, Thompson husmeaba aquí y allá.

Poco después se inclinaba y mostraba al inspector medio cigarrillo parcialmente consumido.

—¿Qué? —preguntó Benedith, distraído en sus pensamientos.

—Una colilla. Una colilla de un cigarrillo de tabaco negro. Español. Vea la marca: Condados —dijo Thompson parsimoniosamente.

Benedith tomó el medio cigarrillo entre los dedos y lo observó. Se trataba, en efecto, de un medio cigarrillo, fumado hasta poco menos de la mitad, y aplastado.

Pensativo, Benedith sacó una bolsita de plástico e introdujo la colilla en ella. Se lo guardó en el bolsillo y miró fijamente a Thompson.

—Juraría... —empezó a decir. Pero se calló.

—¿Qué? —indagó Thompson.

—Nada —respondió Benedith, inquieto.

Poco después llegó Brown. Aseguró que todos los clientes que poseían una caja de alquiler estaban avisados, si bien la mayoría se habían disculpado de acudir al Banco a verificar el contenido de las cajas. (El ceño del gerente se había aclarado un tanto.)

—Al parecer, ninguno de ellos guardaba valores importantes en esas cajas. Algunas joyas de poco valor, documentos con más valor sentimental que material, baratijas, etcétera... De todas formas, algunos estarán aquí dentro de un par de horas. He recibido autorización de los demás para comprobar el contenido de las cajas. Puede hacerse: aunque cada cliente tiene una llave, el Banco posee la llave maestra para casos de emergencia —aseveró.

Benedith preguntó al gerente quién ocupaba el despacho inmediato superior, sobre la cámara acorazada.

El gerente respondió:

—El edificio fue construido por el Banco, que es su propietario. Fue erigido hace unos seis años y dispone de doce plantas, diez de las cuales se dedican a oficinas y despachos de alquiler. La planta sótano es el garaje, utilizado por los diversos inquilinos. En cuanto al despacho A-II, situado sobre la cámara acorazada, está libre. Lo ocupó hasta hace un par de meses la firma Parker & Sons, abogados.

Benedith fue a telefonear. Quince minutos más tarde llegaron los expertos en huellas y los fotógrafos, que ocuparon inmediatamente la cámara acorazada.

Benedith encargó a Brown una pequeña investigación: averiguar si alguno de sus empleados fumaba cigarrillos negros españoles.

La respuesta no se hizo esperar más de diez minutos:

—Ninguno, inspector —le informó Edmond Carlyle Brown—. De las catorce personas que trabajamos en esta sucursal, ocho no fumamos. El resto fuman cigarrillos ingleses y americanos y dos de ellos utilizan cachimba.

Benedith gruñó unas palabras de agradecimiento y pidió examinar el despacho A-II, para lo cual hubo de entrevistarse con Floyd Eagle, el joven encargado de contratar los alquileres, quien ocupaba un pequeño despacho en la planta primera.

Fue Eagle quien tomó de una vitrina un aro con dos llaves y les guió a través de los anchos pasillos de la primera planta.

La puerta correspondiente al despacho A-II era una puerta de madera de dos hojas, sólida y maciza. Antes de que Floyd Eagle utilizara la llave para abrir, el sargento Thompson examinó la cerradura de seguridad y afirmó:

—No hay señales de que haya sido forzada.

Abierta la puerta, entraron y se encontraron en un amplio y bien instalado despacho compuesto por un vestíbulo de recepción, servicios sanitarios y dos lujosas oficinas privadas, en una de las cuales hallaron el agujero que comunicaba con la cámara acorazada del Banco.

El cuidado parquet estaba cubierto de escombros y polvo procedente de la perforación practicada en el suelo.

Hallaron también no menos de siete puntas de cigarrillos, parcialmente fumados. La calidad y la marca del tabaco era idéntica al encontrado en la cámara: cigarrillos españoles negros, marca Condados.

—Es curioso —dijo el sargento Thompson, que se había puesto en cuclillas y recogía las colillas.

—¿Qué es lo curioso, sargento? —preguntó el inspector Benedith, que examinaba la estancia con gran atención.

—Estas colillas —respondió el sargento—. Por lo general, las personas que participan en un robo se sienten lo suficientemente nerviosas como para agotar un cigarrillo hasta el filtro. Pero los que fumaron estos pitillos... apenas les dieron dos chupadas, los arrojaron al suelo y los pisotearon.

Benedith asintió, distraído.

—Habrá que enviar aquí a los de huellas —murmuró como si hablara consigo mismo—. Tal vez encuentren algo interesante.

Le preguntó a Floyd Eagle por el nombre del vigilante nocturno y éste se lo dio: Walter Perrini, con domicilio en Clarendon Street, 98, en Pimlico. Según Eagle, Perrini, de cincuenta y seis años, se hacía cargo de la vigilancia del edificio desde las ocho de la noche a las ocho de la mañana.

—¿Qué tal hombre es Walter Perrini? —preguntó Benedith a Eagle sin andarse por las ramas.

—Si se refiere a su honestidad profesional, yo pondría la mano en el fuego por él —respondió Eagle con calor. Y añadió—: El hecho de que Perrini sea mi suegro no tiene nada que ver.

—¡Ah! —dijo únicamente el inspector Benedith. Y Thompson alzó la cabeza para mirarle.

CAPITULO II

Floyd Eagle alzó la barbilla rígidamente. Parecía ofendido por la exclamación del inspector Benedith, quien estaba observándole fijamente, sin disimulos.

Eagle era un joven esbelto, bien vestido, de rostro juvenil y agradable. No, no guardaba ninguna semejanza con un delincuente. Parecía sincero y honrado.

—Por desgracia, es de temer que la división del Banco que administra este edificio despida pronto a mi suegro —añadió Eagle.

—¿Por qué? —preguntó Benedith, observando los limpios bordes del butrón.

—Padece de los oídos y se está quedando sordo. En tales circunstancias...

Benedith introdujo en otra bolsita las colillas que el sargento Thompson había ido recogiendo del suelo. En una de ellas guardaron también pequeñas gotitas metálicas procedentes del blindaje interior de la cámara acorazada.

Realizar un examen de rutina al resto del gran edificio de oficinas les llevó poco menos de media hora, tras lo cual descendieron a la planta baja y volvieron al Banco, en cuya cámara acorazada los expertos en huellas y los fotógrafos estaban dando fin a su tarea.

Brown le informó que en la cámara sólo penetraban él y el cajero, Howard Dominic. Ambos se prestaron a impresionar sus huellas para que fueran comparadas con las halladas en la cámara y eliminar, por este método, las que no interesaban a la investigación.

Hasta las dos de la tarde, dieciséis personas fueron compareciendo en el Banco para verificar el contenido de las cajas de alquiler, que fueron abiertas todas en presencia de aquellos clientes, del director Brown y de los policías.

Estaban vacías, absolutamente vacías. Todas.

Una señora, Martha Ironwood —anciana de unos setenta años—, prorrumpió en sollozos al descubrir que le habían robado las cartas del único novio que tuvo en su vida: un marino llamado Ted Talgarth del que se había enamorado... ¡cincuenta años atrás!

En total, las denuncias correspondientes a los robos de las cajas —que no mostraban la menor señal de violencia— arrojaban un valor de unas cien mil libras esterlinas en valores, dinero y joyas.

Sin embargo, Benedith no se sentía satisfecho. ¿El motivo? De las cincuenta cajas de alquiler, treinta y tres estaban contratadas. El resto, por supuesto, vacías y a disposición de los clientes que

quisieran alquilarlas. Quedaban, por tanto, diecisiete cajas cuyos usuarios no habían demostrado el menor interés ante el hecho de haber sido despojados de lo que les pertenecía.

¿Por qué?

Brown se mostró esquivo.

—Nosotros estamos al margen del asunto —dijo—. Lo que el cliente guarda en su caja de alquiler sólo le interesa a él. Por lo demás, no hay ningún seguro. Los clientes no pueden reclamarnos nada en caso de robo.

Parecía demostrado que a míster Edmond Carlyle Brown sólo le interesaba que su responsabilidad quedara a salvo.

De todas formas —y aunque Brown se resistió en principio—, el inspector Benedith obtuvo finalmente una lista de los clientes que no habían acudido a comprobar sus cajas alquiladas: diecisiete nombres en total.

A las dos y cuarto llamó por teléfono al Yard. Fue una larga conferencia telefónica de unos veinte minutos, a lo largo de los cuales informó al superintendente Lautner del resultado de su investigación preliminar.

—En resumen, señor —vino a decir—: para mí los principales sospechosos son el vigilante nocturno Perrini y su yerno, el encargado diurno Floyd Eagle. Ellos tuvieron la oportunidad de hacerlo, aunque, naturalmente, habrá que demostrarlo.

Seguidamente, Benedith llamó a su esposa y le hizo saber que no podría acudir a almorzar, por lo que tomaría un bocado en el lugar que le cayera a mano.

En realidad, él y Thompson disfrutaron de un espléndido, aunque tardío, almuerzo en un acogedor *pub* situado en Hammersmith.

Mientras comían —pollo a la provenzal regado con oporto rojo —, Thompson no dejaba de darle vueltas a aquella cuestión en su cabeza bracocefálica.

—Dígalo, sargento —le animó el inspector, advirtiéndole su inquieto estado de ánimo.

Thompson dejó la copa de fragante vino tinto sobre el mantel, se enjugó los labios con una blanca servilleta y se atusó el bien recortado bigote entrecano.

—Esas colillas —probó otro sorbo de vino—. Me han traído el recuerdo de...

—...De Allan Goodguy (1) Delaney —completó el inspector.

(1) Goodguy. Buen chico, en inglés.

Y Thompson estuvo a punto de atragantarse con el vino.

Cuando pasó el momento de apuro, tornó a beber para... aclararse la voz y añadió:

—En efecto. El fumaba siempre cigarrillos negros españoles.

Benedith trinchó un exquisito pedazo de pechuga y masticó cuidadosamente:

—Sí —dijo—. Siempre fumaba Condados, aunque resultaban excesivamente caros. Se aficionó al tabaco negro cuando pasó las vacaciones del sesenta y seis en Marbella. Y además...

El sargento volvió a llenar las dos copas. Alzó la mano, consiguió la atención del camarero y pidió otra botella de oporto tinto.

—Ese butrón tiene su marca de fábrica, inspector. Es su estilo. Clavado. Limpieza absoluta, discreción, nada de violencia, exactitud... y un botín tan cuantioso como fuera de desear: cinco millones de libras esterlinas...

—...Aparte del contenido de las cajas de alquiler —añadió Benedith. Y atacó, complacido, la jugosa trucha en salsa que el camarero acababa de poner ante él—. Sin contar con lo que pudieron encontrar en otras diecisiete cajas, cuyo contenido no han facilitado sus usuarios.

El bigote del sargento Thompson se manchó de la salsa de la trucha roja. Pero el detective se apresuró a resolver el pequeño incidente con un golpe de servilleta.

—Es su marca de fábrica —repitió, entre bocado y trago de oporto—. Yo juraría... Estaría dispuesto a jurar que lo hizo Allan Goodguy Delaney.

A Jim Benedith le brillaron los azules ojos. Parecía dispuesto a decir algo, pero calló hasta terminar la «disección» de la mitad de la trucha que aún quedaba en su plato. Sólo cuando engulló la última y mínima porción del sabroso pescado, bebió un sorbo de vino, se enjugó los labios con un leve toque de servilleta y dijo:

—Gran tipo, ese Delaney... Aún recuerdo el caso Thayer.

—¿Thayer? —murmuró Thompson, dispuesto a atacar un plato de natillas.

—Usted, Dave, no pertenecía aún al Yard. Hace de ello casi ocho años —dijo Benedith—, que había elegido para postre una macedonia de frutas—. Yo realizaba, por entonces, algunos servicios para la Interpol. Nos avisaron de la posible llegada de un alijo de contrabando a Heathrow: unas tres mil esmeraldas sin tallar, procedentes de Colombia.

Dave Thompson había terminado su plato de natillas y pidió un café irlandés. Antes de que el camarero se alejase, el inspector dijo:

—Dos, Stuart.

Y encendió un cigarrillo Players Number Five. (Era el tercero de la jornada.)

—Montamos un servicio en torno al aeropuerto. En una de las cafeterías, me pareció ver a Goodguy Delaney. Vestía impecablemente, como un caballero, y estuve observándole hasta que él se dirigió a la puerta de embarque número 5. Al parecer, se disponía a emprender un viaje transcontinental y, aunque me sentía intrigado, dejé de prestarle atención para dirigirme apresuradamente al servicio de aduanas...

Thompson dio un sorbo a su enorme taza de café irlandés, cuyo aroma había aspirado con expresión de inmensa satisfacción durante unos instantes.

—Fue entonces cuando sorprendí a Rudolph Thayer, un rico contrabandista de gemas. Estaba en una de las salas de espera del nivel inferior y... miraba las pistas con gran ansiedad a través de unos prismáticos excesivamente potentes...

—¿Quién era Thayer, exactamente? —preguntó Thompson, interesado.

Benedith aplastó su cigarrillo casi extinguido en un cenicero y encendió seguidamente otro. (Durante toda la mañana apenas había tenido tiempo de fumar.)

—Un pez gordo, un tipo que logró enriquecerse con el contrabando de piedras preciosas. En realidad, empezó como experto tallista, pero debió tentarle la posibilidad de hacerse rico fácilmente e invirtió algún dinero en la compra de gemas de contrabando. Fue procesado en dos ocasiones, pero era ya demasiado rico y logró escurrir el bulto sin gran quebranto —explicó Benedith. Y bebió su café irlandés a pequeños sorbos.

—¿Qué fue lo que ocurrió en el aeropuerto? Porque adivino que tiene algo más que decirme, inspector...

—Así es —asintió Benedith—. Estaba observando a Thayer, cuando advertí la brusca mutación en su rostro. Se diría que acababa de ver algo que le había impresionado mucho. Pocos minutos después, se oyó una sirena. Un *jeep* se detuvo en las pistas, a escasa distancia de la puerta número cinco y vi venir a tres oficiales de seguridad del aeropuerto. «¡Han matado a un hombre!», exclamó uno de ellos.

Benedith había abandonado su vigilancia en la aduana y seguido a los oficiales de seguridad hasta las pistas de estacionamiento, muy cerca de la terminal de carga.

—Tres empleados mantenían inmóvil, en el suelo, a Allan Delaney, quien, al parecer, había repartido entre ellos vigorosos mamporros antes de que los hombres lograsen reducirle. Más allá, un hombre se desangraba sobre el hormigón con tres balazos en el pecho...

Se trataba del conductor de uno de esos pequeños convoyes

tirados por carretillas Fenwick que transportan los equipajes desde los aviones hasta las terminales o dependencias del aeropuerto.

—Este hombre disparó varias veces contra Perrini, hasta que el pobre hombre cayó del vehículo que conducía, malherido —testificaron los empleados que sujetaban al furioso Allan Goodguy—. Lo hizo a sangre fría, sin parpadear siquiera, aguardando rígidamente hasta que el convoy que conducía Perrini estuviera a tiro. No falló ni uno solo de los disparos. Cuando trataba de huir, corrimos tras él y le derribamos. No ha sido fácil..., ¡nos ha golpeado, mordido y arañado como una ñera salvaje!

Y era verdad. La huella de la furia de Delaney estaba en los rostros ensangrentados y llenos de hematomas de aquellos empleados.

—¿Por qué lo hizo? —indagó el sargento Thompson, intrigado—. Por lo que conozco acerca de Goodguy Delaney, jamás se mostró violento, sino todo lo contrario...

—Tiene razón, Dave. Delaney era un verdadero profesional del delito, pero él prefería la acción silenciosa e inteligente, sin recurrir a la violencia. Yo fui el primer sorprendido al saber que Goodguy acababa de cometer un asesinato a sangre fría. Me incliné sobre él, indiqué a los hombres que le volvieran boca abajo y le coloqué las esposas. Cuando le conducíamos hacia la comisaría de Heathrow, le dije: «Por fin has dejado de ser un “buen muchacho”. Esta vez no escaparás son unos pocos años de condena, Allan.»

—¿Y qué respondió?

—Algo que me dejó estupefacto. Dijo: «No sea estúpido, Papá. Yo no sería capaz de disparar contra un conejo, mucho menos sobre un hombre.» La verdad es que la personalidad de Delaney siempre me había fascinado. Se trata de un joven con una inteligencia poco común, que cuenta los amigos por centenares. Si yo no fuera tan escéptico respecto a los delincuentes, pensaría que se trataba de un auténtico «bandido generoso» a la antigua usanza. Ya sabe, sargento: aquellos criminales que robaban a la gente adinerada para resolver los problemas de los pobres. Y que yo sepa, Delaney hizo numerosos favores a sus amigos y a otros que no lo eran tanto: prestó dinero a un tal Astin para abrir una lavandería (Astin y su esposa tenían trece hijos harapientos), pagó la fianza para que Ruddy Simpson obtuviera la libertad provisional. (Simpson, acusado de homicidio, fue absuelto poco después: se demostró su evidente inocencia.) También, que recuerde, cargó con el importe de los pasajes de la familia Spencer a Australia (algo más de cuatro mil libras) y diariamente

ayudaba a personas desahuciadas y menesterosas.

—Quizá lo hacía para obtener luego otros favores —insinuó Thompson.

—¡Ni mucho menos! —protestó el inspector Benedith—. Por el contrario..., procuraba siempre que estos gestos quedaran en el secreto —fumó ávidamente de su cigarrillo—. En realidad, jamás llegaré a conocer la compleja personalidad de un hombre tan brillante como Allan Delaney. ¿Por qué se dedicaba al delito, si sus cualidades naturales le hubieran permitido destacar a cualquier nivel? En los negocios, por ejemplo, pues Goodguy fue siempre un negociante nato. Quizá la explicación esté en su carácter aventurero, independiente y rebelde. Creo que nunca lo averiguaré.

Benedith pidió la nota. Dave y él forcejearon durante unos minutos, pues el sargento quería abonar su parte, pero, finalmente, fue el inspector quien pagó al camarero y añadió media libra de propina.

—Supongo que Delaney sería condenado —dijo el sargento cuando abandonaban el restaurante.

—Sí. Hallamos un revólver en su bolsillo. Era el arma con que se habían disparado las tres balas que acabaron con Perrini, que murió cuando una ambulancia le transportaba al hospital más cercano. Las huellas de Delaney estaban impresas en el revólver. Ante tal evidencia, no cabía dudar, aunque yo seguía tan sorprendido como al principio.

Salieron a la calle y subieron al coche del Yard.

—Algo me impulsaba a ayudarle —dijo Benedith y sonrió—. ¡Cosa más absurda! Un policía tratando de demostrar que aquel hombre no era culpable... Delaney se encerró en un silencio hosco, total. Jamás admitió que había asesinado a Perrini, ni explicó los motivos del crimen. Yo le acosaba constantemente, mencionaba a Thayer, adivinaba que había algo más en aquel asunto... Algo así como un alijo de esmeraldas. Pero Goodguy calló y, aunque sus ojos dorados relucían extrañamente cuando yo mencionaba a Thayer, no confesó una sola palabra. Fue condenado a veinte años de prisión.

Thompson se frotó las manos.

—Pues bien: yo creo que ahí tenemos a nuestro hombre. Pondría la mano en el fuego: Allan Goodguy Delaney robó el West Bank —afirmó.

Benedith rió entre dientes.

—Yo también me inclinaría a pensar lo mismo..., de no ser porque Delaney está encerrado en prisión. Todavía cumple condena en la penitenciaría de Castlemoor —dijo.

Y el sargento Thompson calló como un muerto.

CAPITULO III

La investigación sobre Walter Perrini no pudo ser más decepcionante.

El vigilante nocturno era un hombre avejentado e... inválido. Su pierna derecha estaba rígida desde la Segunda Guerra Mundial, en que había recibido un impacto de metralla en la rodilla. Por lo demás, era un hombre bondadoso, amante de su familia y de la vida hogareña. Su casa de Clarendon Street era modesta, pero allí no faltaba nada de lo que hubiera necesitado un hombre tan poco ambicioso como Walter Perrini.

El vigilante dijo que su misión en el edificio del Banco West consistía en guardar la entrada. Debido a su invalidez, no le obligaban a realizar rondas nocturnas por las diversas plantas del edificio.

—Tomó café varias veces a lo largo de la noche y escuché las emisiones de la BBC en lengua italiana —declaró—. No, no oí nada anormal, aunque la verdad es que mis oídos...

Esa misma tarde, el inspector Benedith se entrevistó con el doctor Bellamy, el experto otorrinolaringólogo que trataba al señor Perrini.

—Su afección es grave. Probablemente se quedará sordo..., a menos que se le sometiera a una delicada y costosa intervención quirúrgica. Perrini no parece muy animado a ello. Y tiene razón: yo mismo no puedo asegurar que la operación fuera un éxito.

Benedith eliminó de su lista de sospechosos a Walter Perrini. De todos formas, dispuso una discreta vigilancia alrededor de Flody Eagle, el cajero del West Bank Howard Dominic e incluso el director, Edmond Carlyle Brown. Entretanto, más de una docena de agentes del

Yard estaba investigando las conductas de dos centenares de los empleados de los bufetes y despachos del edificio del Banco West en Gummerbury Park.

Por su parte, el sargento Thompson llevaba a cabo ciertas pesquisas en relación con diecisiete personajes: los usuarios de las cajas de alquiler que no habían acudido al Banco aquella mañana.

No es que esto inquietase demasiado a Benedith. Sencillamente, la conducta de aquellas personas le intrigaba. ¿Tan poco importantes eran sus depósitos de las cajas de alquiler como para no importarles haber sido robados...?

A las seis de la tarde, el inspector Benedith llegó a Scotland Yard. Ascendió a los archivos y solicitó los antecedentes de Allan

Delaney, apodado Goodguy.

¿Por qué... si había eliminado a Delaney de su lista de sospechosos, puesto que había comprobado que el delincuente seguía cumpliendo su condena por asesinato en la cercana penitenciaría de Castlemoor, distante unos treinta kilómetros del perímetro de la City? Era algo que Benedith no podría explicar con palabras coherentes.

«DELANEY, ALLAN. Apodo: Goodguy; hijo de Peter y Helen; nacido en Londres el 21 de marzo de 1946. Estatura: 1,75 m. Peso: 78 kg. Pelo: castaño; ojos...»

«Demasiado corpulento para caber por aquel pequeño agujero», pensó.

A fin de cuentas, ¿para qué seguir adelante con aquel trabajo inútil? Sería perder el tiempo. Sin embargo, Benedith siguió leyendo el voluminoso expediente policial de Goodguy Delaney. En el mismo se describían no menos de seis robos llevados a cabo con una técnica semejante al perpetrado en el West Bank de Gummerbury Park, oeste de Londres.

—¡Maldita sea! —masculló Benedith, malhumorado—. Es el hombre justo, el personaje idóneo para cargar con ese robo. Y sin embargo, no es posible: Delaney está en Castlemoor.

Había llamado a Robert Pelham un par de horas antes. Pelham era el director de la prisión de seguridad de Castlemoor.

—¿Allan Delaney? —respondió el funcionario penitenciario, sorprendido—. ¡Por supuesto que sigue bajo mi custodia...! Sí, le he visto esta mañana... ¿Cómo? Es un preso ejemplar, inspector Benedith: Delaney no sólo montó el taller de fabricación de bolsos a plena satisfacción mía, sino que lo dirige magníficamente. En los últimos dos años, ha formado profesionalmente a más de doscientos reclusos, muchos de los cuales no han encontrado obstáculos para encontrar un empleo, a su salida de la prisión.

—Vaya, celebro que esté tan satisfecho de su pupilo, señor Pelham —no pudo por menos que pronunciar el policía.

—No podría explicarlo con palabras, inspector —respondió Pelham, halagado—. El taller de bolsos funciona maravillosamente. Y todo gracias a la dedicación de Allan Delaney, que no sólo enseña diestramente a sus aprendices, sino que ha conseguido espléndidos resultados económicos. El taller ha podido adquirir modernas máquinas por importe de ciento cincuenta mil libras y los reclusos que trabajan en esta sección han conseguido ahorrar una cantidad que servirá para cubrir sus primeros gastos cuando obtengan la libertad.

—Así que Delaney no le da disgustos...

—¿Disgustos? Créame, Benedith, cuando Delaney consiga la libertad me alegraré por él, pero me sentiré muy preocupado por la marcha del taller de bolsos. No creo que haya hombre que pueda reemplazarle. En realidad..., he propuesto ya su libertad bajo palabra a la Junta, pero aún es pronto para ello, supongo. Los miembros de la Junta no olvidan que Delaney mató a un hombre.

—Sí. Lo hizo a sangre fría —puntualizó el policía.

Pelham tardó en contestar. Cuando lo hizo con voz profunda, reflexiva:

—Verá, amigo mío: los funcionarios de prisiones no juzgamos a los reclusos por los delitos que cometieron, sino por su conducta intramuros. Precisamente si estudio la impecable conducta del hombre que nos ocupa, se me hace muy cuesta arriba admitir que Allan Delaney cometió un asesinato. Su proceder aquí no puede ser más correcto y humanitario. Ayuda tanto a sus compañeros como a los funcionarios, es amable, simpático y jamás le he visto huraño o desapacible. Por el contrario: ha organizado los deportes de la penitenciaría y conseguido que todos estén pendientes de sus campeonatos de fútbol, ajedrez, baloncesto o boxeo. Si no fuera por su expediente, consideraría que se trata de un hombre limpio de cuerpo y alma.

—Me sorprende usted, señor Pelham. Así pues, parece que Goodguy Delaney se ha regenerado...

—Regenerado no sería la palabra —se apresuró a rectificarle el director de Castlemoor—, puesto que Delaney siempre ha sido igual, desde que le conozco. No ha cambiado. Es naturalmente extrovertido y generoso. Nadie aquí ha podido imbuirle esas virtudes. Naturalmente, lleva casi ocho años preso, por lo que sería lógico pensar que la prisión le ha permitido reflexionar y, en parte, ha frenado la fogosidad de su primera juventud. Puedo decírselo claramente, sin temor a que mis palabras me comprometan: para mí, Allan Delaney es un hombre de toda confianza. Si estuviera en mi mano, no dudaría en concederle la libertad, aunque el taller de bolsos (un verdadero centro de formación para los reclusos) perdería mucho con su marcha.

Pelham calló. Como Benedith no hiciera ningún comentario, el director preguntó:

—¿Puedo ayudarle en algo más, inspector?

—Nada más, muchas gracias. Creo que su informe me ha sido de gran utilidad.

Tras examinar detenidamente el expediente de Goodguy, Benedith lo devolvió al archivo y se olvidó de Allan Delaney: nada que hacer por aquella parte.

Más tarde, en su despacho de la brigada, Benedith se reunió con el jadeante sargento Thompson.

—¿Qué ha averiguado?

Dave hizo un resumen de más de tres horas de laboriosas pesquisas.

—De los diecisiete clientes, doce declararon que lo que guardaban en las cajas de alquiler no valía la pena. Álbumes que familia, documentos sin gran valor, recuerdos, algunas colecciones de sellos y monedas que llevaban años en aquellas cajas. Por lo que he podido deducir, estas personas han visto reducidas en los últimos años sus posibilidades financieras, por lo que, poco a poco, han ido pignorando cuanto guardaban de relativo valor. Lo que les quedaba en las cajas del Weest Bank estaba prácticamente olvidado. He hecho algunas averiguaciones posteriores acerca de estas doce personas y todo parece indicar que dicen la verdad.

—¿Y los cinco restantes? —indagó Benedith.

—No pude entrevistar a cuatro de ellos: se habían ausentado recientemente de sus domicilios. El quinto no quiso recibirme. Y, asómbrese, ¿sabe de quién se trata?

—No, pero espero que usted me lo diga, Dave.

Thompson le ofreció la lista y señaló uno de los nombres. Benedith leyó en voz alta:

—Ruddy T. Morey... ¿Y bien?

—Ruddy T. Morey es... Rudolph Thayer, el tallista-contrabandista en gemas del que usted me habló esta misma tarde —explicó el sargento—. Su actitud, al no recibirme, me parece cuando menos, sospechosa. ¿Qué opina usted?

—Nos ocuparemos de él... mañana. Estoy demasiado cansado para proseguir con todo esto. Usted también puede irse a descansar, Dave.

—Muy bien. Redactaré un resumen a máquina y se lo dejaré aquí —respondió Thompson.

Se despidieron y cada cual marchó hacia su casa.

A la mañana siguiente, Benedith supo —casualmente— algo que le sorprendió notablemente: el departamento Anti-Narcóticos del Yard vigilaba a Rudolph estrechamente.

¿Motivo? Los policías del departamento sospechaban que Thayer estaba complicado en un *affaire* de contrabando de drogas. Cocaína, para ser más exactos.

Al parecer, había decidido «reciclar» su antigua actividad de contrabandista en gemas para dedicarse a una actividad mil veces más dañina: el comercio de drogas «duras».

Ciertamente, Rudolph Thayer había sufrido serios reveses de

fortuna en los últimos años; le habían sorprendido en un prado de Eamon Green cuando se disponía a recibir un alijo de gemas procedente de Sudamérica.

No sólo pasó dos años en prisión, sino que se arruinó en la operación. Al parecer, era la penuria de medios económicos lo que le había empujado al peligroso comercio de los narcóticos.

Interesados en el tema, Benedith y su ayudante el sargento-detective Thompson hicieron, un nuevo y sorprendente descubrimiento: Thayer estaba relacionado con los otros cuatro clientes del West Bank que no había acudido a la verificación de sus cajas de alquiler. Se trataba de Glen Dodge, Phil Lawton, Audrey Kane y Ralph O'Neill, personajes fichados por Scotland Yard, que habían frecuentado en distintas ocasiones los «hoteles con rejas» del Reino.

Una oscura e irrazonable intuición, hizo sospechar a Benedith que existía alguna relación entre aquellos cinco individuos vigilados por los agentes antinarcóticos y el espectacular robo del West Bank.

Cuando Benedith expuso sus pensamientos en voz alta, Thompson movió la cabeza en sentido negativo:

—Vamos, vamos, inspector. Thayer y su grupo pudieron cometer el robo, pero no me diga (si es eso lo que está pensando) que esos individuos dieron el golpe para robar el contenido de sus propias cajas...

—Eso nada tiene que ver. Si Thayer y Compinches son autores del robo, se apresurarían a limpiar todas las cajas, incluidas las suyas, pues en caso contrario supondría un dato sospechoso, que serviría para acusarles —razonó Benedith.

—En tal caso, ¿en qué tipo de relación piensa?

—¡Ojalá lo supiera! —se lamentó el inspector.

Por el momento, ambos se dedicaron a funciones de rutina. Comprobar los informes sobre la conducta de los empleados de los distintos despachos del edificio West Bank (que no arrojó ninguna esperanza), realizar esporádicas detenciones de sospechosos, que eran puestos en libertad pocas horas después y, sobre todo, esa dramática inactividad de todo policía que suponía esperar a que se produjera algún suceso que les pusiera en marcha.

En cuanto a Thayer y Compinches, los del departamento Antinarcóticos se ocupaban de su vigilancia. Benedith recibiría información inmediata si se producía alguna novedad al respecto.

Por otra parte, se habían intensificado los controles en carreteras, puertos, aeropuertos y estaciones de ferrocarril, pero Benedith —por experiencia— no tenía grandes esperanzas de que

estas actividades policiales tuvieran éxito.

Si al menos los billetes robados del West Bank hubieran sido nuevos... Pero no: la mayoría eran billetes usados, cuyas numeraciones no registraba el Banco.

Transcurrieron dos semanas. Benedith y Thompson se ocupaban ya de otros asuntos policiales. Sin embargo, Benedith era un policía demasiado puntilloso para olvidar que el robo al Banco West no había sido resuelto, ni detenidos sus autores.

Pensaba muy a menudo en Allan Goodguy Delaney y recordaba aquella frase que Thompson y él habían repetido en el lugar del robo: «marca de fábrica».

En verdad, aquel asunto llevaba la «marca de fábrica» de Goodguy Delaney. Sin embargo, era absolutamente imposible que el encargado del taller de bolsos de la penitenciaría de Castlemoor estuviera complicado en él.

—Sencillamente, Delaney no posee el don de la ubicuidad. No pudo estar en la cárcel y al mismo tiempo cometer ese robo —se decía, obsesionado.

Pensaba mucho, pensaba demasiado el inspector Benedith. Tanto que últimamente sufría fuertes y continuas jaquecas que le obligaban a tragar una aspirina tras otra.

—Te estás desmejorando a ojos vistas —le recriminaba Aida—. Has adelgazado: los trajes te vienen holgados. Hace unos meses era todo lo contrario.

Benedith seguía pensando en la «marca de fábrica»: el butrón de la cámara acorazada, los cigarrillos negros a medio quemar, la limpieza del golpe... Allan Delaney.

Thayer y compinches debían de haber descubierto de algún modo que estaban sometidos a vigilancia, pues no daban el menor paso en falso. Por cierto, las cosas no debían irle muy bien a Thayer, pues acababa de vender su lujoso apartamento de Chelsea —ciento setenta mil libras, según los agentes antinarcóticos— y se había recluido en una *suite* del Gaylord, un hotel de segunda clase situado en Marylebone. No recibía visitas, ni siquiera de sus encartados compinches, y sólo salía para tomar el sol o hartarse de cerveza en los *pubs* próximos al hotel Gaylord.

Llegó la Navidad y Benedith no se sentía de humor para nada. Ni siquiera ayudó a los niños a colocar el árbol navideño.

El día 26 de diciembre llamó por teléfono a Dave Thompson y le invitó a tomar una copa en su casa. No tenía humor para nada, pero Dave era su único amigo. (En realidad, quería charlar con él del asunto del robo en el West Bank, pero no se atrevía a confesárselo..., ni a sí mismo.)

Thompson recibió la invitación con gran placer y quedó en

acudir a North Kensington hacia las cinco.

Precisamente faltaban pocos minutos para esa hora cuando llamaron a la puerta. Imaginando que se trataba de Thompson, Benedith corrió a la puerta y la abrió. Pero no, no se trataba del sargento, sino del mozo de una agencia de mensajerías urbanas.

—Un paquete para míster James Benedith —dijo el fornido repartidor. Y le entregó un albarán para que lo firmara, hecho lo cual se inclinó y recogió un voluminoso paquete que puso en manos del policía.

Luego sonó el tubo de escape de una furgoneta y Jim se vio con aquel enorme paquetón en las manos. ¿Un regalo navideño? Pero ¿de quién?

Su dirección estaba muy clara. Y también el remitente:

«Guy D. Goodall, 37. Pitfield Street. Londres. N-1.»

Susan y Red brincaron alegremente a su alrededor cuando Benedith dejó el paquetón sobre la mesa del cuarto de estar.

Empezó a desatarlo. Estaba perfectamente embalado, con fuerte papel vegetal y cartón y un amasijo de cuerdas resistentes que Jim, impaciente, se vio obligado a cortar.

Los niños se alejaron desencantados al contemplar el contenido del paquete: veinte bolsas de fuerte plástico que contenían un polvillo blanco parecido al bicarbonato.

—Una broma de mal gusto, sin duda —imaginó—. Alguien que supone que voy a comer demasiado durante las Navidades y se preocupa por mi estómago. ¿Quién diablos será este Guy D. Goodall? —se preguntó. Y en aquel momento se oyó el ding dong de la puerta. Jim dijo, distraído—: Susan, ve a abrir. Probablemente será el sargento Thompson.

Rompió con la punta de las tijeras una de aquellas bolsas — ¡veinte!— de plástico, tomó entre sus dedos una pizca de aquel polvillo y se la llevó al paladar.

Estaba escupiendo, asqueado, cuando escuchó el saludo de Dave Thompson, a su espalda.

—Hola, Dave. Estaba... Bien, he recibido este paquete hace un momento. Una broma estúpida, ya ve —explicó, turbado—. ¡Veinte kilos de bicarbonato!

Thompson se inclinó y observó aquel polvo brillante con gran interés.

—Esto no es bicarbonato, señor —dijo. Y le dirigió una extraña mirada.

Jim se limpió la boca con un pañuelo limpio y luego fue a lavarse la boca al lavabo. Volvió en seguida, miró a Thompson y dijo:

—No sabe a bicarbonato, en efecto. ¿Qué puede ser?

—¿Qué puede ser? —bajó el tono de voz, espolvoreó de sus dedos la pizca de polvo que había tomado para olerlo y susurró—: Me temo que «es» cocaína refinada, señor.

Benedith palideció.

—¡Cocaína! —exclamó, como si acabaran de anunciarle que el palacio de Buckingham había sido vendido a un millonario yanqui.

—Eso parece. ¿Dónde lo consiguió, señor? —preguntó Dave, ingenuamente.

Benedith se acaloró. Su rostro atezado se tornó del color de la púrpura.

—¿Que yo lo he...? ¿Que yo...? —tartamudeó.

En aquel momento, la señora Benedith apareció en el pasillo de la cocina. Estaba saludando al sargento Thompson cuando vio el rostro rojo de su marido y se asustó.

—¡Jim! ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? —exclamó Aida.

Fue un momento muy dramático. Benedith trataba de explicarse, gesticulaba, se ahogaba... Finalmente, logró explicar de forma inteligente lo sucedido.

—Lo enviaron a través de un servicio de mensajerías. Firmé el recibo, el mozo se marchó, yo abrí el paquete... Bien, Dave dice que es cocaína —suspiró.

Aida se llevó a los niños y los dos hombres quedaron solos.

Decidieron colocar aquellas bolsas en un armario mientras ponían en orden sus ideas. Fue entonces cuando encontraron el bello *christmas* entre las bolsas. Lo abrieron y leyeron las frases formadas con letras recortadas de periódicos.

«Felices Navidades, inspector. Como muestra de buena voluntad, aunque no tenga nada que agradecerle, le envío este regalito, que espero sea de su agrado. Si no le gusta, pregúntele a R. Thayer si lo perdió en alguna parte. Es posible que le dé una respuesta sorprendente. Le aconsejo cautela.

«Saludos,

Guy D. Goodall.»

—Un «regalito» de medio millón de libras —dijo Thompson, sarcástico.

CAPITULO IV

Por encima de la sorpresa, se impuso el sentido práctico de Jim Benedith.

Quería averiguar quién era Guy D. Goodall, pero le interesaba mucho más analizar el polvillo blanco y brillante que contenían aquellas veinte bolsas.

A las siete de la tarde, Benedith y Thompson abandonaban los laboratorios del Yard. Un experto químico, Tom Ketchum, había analizado el contenido de las bolsas. Y su respuesta no tardó en producirse:

—Cocaína refinada, pura, de la mejor calidad.

Seguidamente, los dos hombres se entrevistaron en el despacho del superintendente, con este mismo y con el jefe" del servicio Antinarcóticos, Fred Gladstone.

—Espero que me expliquen por qué me han hecho comparecer aquí —dijo Gladstone.

—Benedith y Thompson ha encontrado un alijo de veinte kilos de cocaína. Ellos les explicarán todas las circunstancias. Hágase cargo del depósito que le entregarán en el laboratorio y pónganse de acuerdo en todo. Yo me marcho a casa... ¡tengo invitados!

Cuando el superintendente les dejó solos, Benedith Thompson y Gladstone cambiaron una mirada.

—Bien. ¿Cuál es tu plan, Jim? Porque imagino que vas a proponerme algo —dijo Gladstone.

—Sí. Thompson y yo tenemos una idea. Suponemos que esos veinte kilos de cocaína pertenecían a Rudolph Thayer.

—Pareces muy seguro —respondió Gladstone, cauteloso—. ¿Por qué?

—No es una seguridad, entiéndelo, pero sospechamos que Thayer y sus socios guardaban el alijo en cinco cajas de alquiler del West Bank, sucursal de Gummerbury Park. Unos ladrones hicieron un agujero en el techo de la cámara acorazada, se apoderaron de cinco millones de libras en billetes y lograron abrir (con llaves falsas, imagino) una cincuentena de cajas de alquiler, que también desvalijaron. Nuestra idea es que en las cajas alquiladas por Thayer y sus compinches estaban esos veinte kilos de cocaína, que...

—...Los ladrones se llevaron de buena gana —ironizó Gladstone.

—Sí. Pero que acaban de devolverme ahora —puntualizó Thompson.

Gladstone suspiró.

—Muy bien —admitió—. Un espléndido resultado. Hemos

intervenido un importante alijo. Es una pena que no podamos coger a Thayer.

—El caso es... que nosotros pensamos que tal cosa es posible —declaró Benedith.

—¿Cómo?

—Establezcamos una hipótesis: los ladrones que robaron el Banco saben que la cocaína había sido escondida allí por Thayer & Company. Imaginemos que los ladrones deciden ponerse en contacto con Thayer para devolverle a éste la cocaína en condiciones, digamos, ventajosas para este último.

Un destello brilló en los ojos castaños de Gladstone.

—No está mal. Podríamos hacerlo —dijo.

—¿Estás seguro?

—Tengo a un tipo, un confidente llamado Sonny Ward. Ward está introducido en el mercado de la droga: conoce desde insignificantes camellos que venden porros en los colegios hasta importantes traficantes al por mayor. Sonny se desenvuelve bien entre esa gente. Podríamos utilizarle.

—¡Magnífico! —alabó Benedith, entusiasmado—. Hagamos un esbozo de nuestras actuaciones.

Trabajaron durante una hora, sin moverse del despacho del superintendente. Al cabo de un tiempo disponían de un plan perfeccionado: Sonny telefonaría a Thayer ofreciéndole el alijo a un precio módico, muy por debajo de su valor en Londres. Si Thayer se mostraba desconfiado, el confidente le ofrecería una muestra y, en caso positivo, acordarían todos los detalles de la operación.

—Hay algo que no comprendo —dijo Gladstone, ultimado y aprobado el plan—. No me cabe en la cabeza que unos delincuentes devuelvan algo tan valioso. ¿Quiénes son?

—¡Ojalá lo supiera! —exclamó Benedith—. En realidad, espero que Thayer se explique cuando le hayamos detenido.

Esa misma noche, Sonny Ward llamó por teléfono al hotel Gaylor.

Las cosas sucedieron a una velocidad increíble: Thayer se mostró dispuesto a entregar a Sonny ciento setenta mil dólares por el alijo del que, adulterando la cocaína y entregando a revendedores, podía extraer una ganancia de alrededor de seiscientas mil libras.

—A las doce de la noche, Sonny condujo su Morris por la carretera a Bristol. A unos veinte kilómetros de distancia se desvió por un caminito. Aún no se había detenido del todo el pequeño Morris junto a una hilera de árboles, cuando cinco hombres saltaron de entre las sombras y rodearon el coche de

Ward.

—¿Para qué tanta ostentación? —gruñó Sonny—. He venido con la «nieve» por mi propia voluntad —exclamó, disgustado.

Alguien introdujo una escopeta por la ventanilla. El frío cañón acarició la chata nariz de Sonny.

—¡Estúpido! —gruñó Thayer, colérico—. ¿Creías que iba a darte ciento setenta mil libras por lo que es nuestro?

Sonny comprendió que Thayer y sus socios iban a matarle. En realidad, había jugado con aquella posibilidad desde el principio de la operación.

Por fortuna, un segundo después brotó una claridad tan viva que inundó de luz el coche de Sonny y las siluetas de los cinco individuos que lo rodeaban.

—¡Tiren las armas! —se escuchó a través de un altavoz—. ¡Están rodeados por la policía!

Rudolph Thayer dejó caer los brazos con un gesto desmayado. Pero inmediatamente alzó su escopeta y disparó contra el foco que iluminaba la escena. Se oyó un chasquido de cristales rotos y la luz se apagó. Simultáneamente, los policías dispararon a ciegas.

Al cabo, alguien encendió los faros de un coche. Gladstone y cuatro de sus hombres surgieron de las sombras por la derecha en el momento en que el automóvil que ocupaban el inspector Benedith y el sargento Thompson penetraba a toda velocidad en el camino. Las luces de este vehículo colaboraron en la iluminación del paraje.

Dentro del Morris, Sonny Ward yacía hecho un ovillo. Al principio, los policías temieron que estuviera muerto, pero el confidente se irguió de un brinco en cuanto comprobó que no había nada que temer.

—¡Thayer! —chilló—. Ha huido.

Por desgracia, perdieron demasiado tiempo en encontrar las huellas sobre la tierra húmeda, recién roturada. Siguiendo el rastro, los policías atravesaron cincuenta metros de barbecho y hallaron finalmente, oculto entre frondosos helechos, un puente-alcantarilla que pasaba bajo la carretera.

Corrieron túnel adelante y descubrieron las huellas de un automóvil sobre el barro.

—¡Han huido! —exclamó Gladstone, rabioso—. Thayer es demasiado astuto... Tenía preparada una ingeniosa salida de emergencia.

Escalaron el terraplén y subieron a la carretera. En la oscuridad, muy lejanas ya, brillaron las luces rojas de unos pilotos de automóvil.

Volvieron, desanimados, al lugar donde montaba guardia el

sargento Thompson, que había quedado al cargo del asustado Sonny Ward y uno de los contrabandistas, herido.

Se trataba de Phil Lawton, a quien reconocieron a la luz de los faros. Por desgracia, no estaba herido —como imaginaron en un principio—, sino muerto.

—Hemos intentado reanimarle —les informó Thompson—. Pero fue inútil: un balazo le atravesó el cuello. Debió morir casi instantáneamente.

Llenos de frustración, volvieron a Londres, después de que una ambulancia recogiera el cadáver de Phil Lawton.

Naturalmente, los fugitivos fueron buscados activamente por las autoridades. Pero transcurrieron las Navidades, terminó el mes de enero y ninguno de ellos fue detenido.

Mucho tiempo atrás, Benedith y Thompson habían seguido la pista al paquete que le fuera enviado el día 26 de diciembre. La agencia encargada del transporte y entrega había sido la Welles & Simpson Company y el objeto había sido facturado en las oficinas de la compañía situadas en las proximidades de Trafalgar Square. El empleado encargado de la recepción de objetos consultó el registro y dijo a los policías:

—Lo recuerdo, sí. Lo depositó una chica, que llegó a la oficina a última hora de la tarde. Era una bonita muchacha de unos veintidós años, morena y delgada. No puedo decirles más.

A Jim Benedith le obsesionaba el nombre del remitente: Guy D. Goodall. Naturalmente, habían investigado el domicilio de aquel personaje: el número 37 de Pitfield Street. Con un resultado lógico: no existía tal número en la calle Pitfield.

Una tarde, Benedith se encontraba en su despacho. Distráido, escribió varias veces aquel nombre: Guy D. Goodall. De repente, golpeó la mesa violentamente y se dio una palmada en la frente.

—¿Cómo pude ser tan estúpido? —se apostrofó a sí mismo. Y se puso en pie vivamente y corrió al despacho del sargento Thompson.

—¡Lo tengo, lo tengo, Dave! —exclamó, muy agitado—. Sé quién me envió el paquete con veinte kilos de cocaína.

—Muy bien. ¿Quién?

—Allan Goodguy Delaney —declaró Benedith.

Thompson le dirigió una mirada cautelosa.

—No sea loco, inspector. Delaney está en la cárcel.

—¡Ya-lo-sé! —remarcó el inspector, impaciente—. Lea este nombre: Guy D. Goodall. Pues bien: Guy es la segunda sílaba del apodo Goodguy, ¿no es cierto? —al ver que Thompson asentía, siguió—. «D» puede ser la inicial de Delaney, el apellido de nuestro hombre. En Goodall, tenemos la primera sílaba de

Goodguy; y la última sílaba «all» es el principio del nombre propio de Delaney, Allan. ¿Se da cuenta?

Thompson asintió, muy sorprendido.

—Creo que tiene razón, inspector —concedió—. Muy ingenioso, el dichoso Delaney. Un tipo temerario. ¿Nos suponía tan tontos como para imaginar que no llegaríamos a desentrañar el *puzzle* de su falso nombre compuesto?

—Tal vez él se proponía precisamente eso: que supiéramos quién era la persona que nos enviaba veinte kilogramos de cocaína —dijo Benedith, pensativo.

Thompson se puso en pie vivamente. Paseó, nervioso, de un extremo a otro de la estancia y se detuvo ante el inspector:

—Muy bien —dijo—. Delaney nos envió la «nieve». Lo que quiere decir que él perpetró el robo del West Bank. Pero la pregunta es ésta: ¿cómo lo hizo?

—*That is the question* —respondió Benedith, citando a Shakespeare—. Tenemos que averiguarlo.

—Pero..., ¡es imposible! Castlemoor es una prisión de alta seguridad, ya que allí son enviados peligrosos delincuentes, condenados a penas considerables. Para abandonar la prisión, siquiera temporalmente, debería contar con la complicidad de numerosos funcionarios y centinelas...

Benedith consideró la cuestión durante unos minutos.

—Tiene razón, Dave. Considerado así el asunto, más bien parece un relato fantástico que una auténtica posibilidad —respondió luego—. Sin embargo, no es la primera vez en la historia de la delincuencia que unos presos escapan de una prisión para cometer un delito. En 1960, John Butcher Selby escapó de la penitenciaría de Stangehunst a través de las cloacas, degolló al confidente que le había delatado doce años atrás y volvió a la prisión utilizando el mismo camino. No dejó ninguna huella, de modo que a la policía no se le ocurrió sospechar de él siquiera... Pero Selby se emborrachó cierto día y alardeó, entre sus camaradas recluidos, de haber cometido el asesinato del confidente. El director llamó a la policía, que interrogó al asesino durante setenta y dos horas seguidas. Antes de que se cumpliera ese plazo, Selby había confesado.

—¡Increíble! —exclamó Thompson—. Pero eso me convence de que hay una posibilidad, por remota que parezca, de que Delaney pudiera cometer el robo al West Bank. Sin embargo, ¿por qué se arriesgó tanto al enviarle el alijo de cocaína?

Benedith sonrió.

—Hay que conocer a Delaney para comprender su particularísimo sentido del humor. Supongo que ha querido

burlarse de mí. Sólo que... él no sabe que yo no descansaré hasta averiguar la verdad —dijo. Y salió apresuradamente del despacho.

Thompson le dio alcance cuando Benedith recogía su gabardina y su paraguas en su propio despacho.

—¿Adónde va? —preguntó Thompson, perplejo.

—A la penitenciaría de Castlemoor —respondió el inspector—. ¿Quiere acompañarme?

CAPITULO V

La niebla, densa y fría, se había abatido ya sobre el páramo donde se hallaba la fortaleza-prisión de Castlemoor. La bruma, lechosa, flotaba a baja altura ocultando por completo la silueta de la penitenciaría.

Thompson, que conducía a pequeña velocidad, exclamó:

—¡Diablos, no sería fácil descubrir a los presos si se produjera una fuga! Esta maldita niebla apenas permite ver a diez metros de distancia.

Bruscamente, Benedith le ordenó parar a unos doscientos metros de la prisión.

Intrigado, Thompson le vio descender del vehículo y dirigir una larga y premiosa ojeada a la mole de la prisión. A través de la niebla, apenas eran posible distinguir las ventanas iluminadas del sólido edificio.

—¿Qué? —gruñó el sargento cuando Benedith volvió al coche.

—Nada. Tenía ganas de estirar las piernas y encender un cigarrillo —respondió, hermético.

No decía la verdad, al menos toda la verdad. En realidad, había salido del coche para calcular las posibilidades de tuga de Delaney... a través del aire.

Entre las densas brumas, ¿no podría descender un helicóptero sobre los tejados de la prisión y recoger a alguien que aguardase allí? Los centinelas encontrarían muchas dificultades para distinguir la silueta del aparato o disparar contra los evadidos.

—Un procedimiento posible, aunque... excesivamente ruidoso —se dijo.

Thompson había puesto el automóvil en marcha. Poco después se detenían ante el portón de la penitenciaría. Un centinela armado de metralleta les permitió la entrada en cuanto se identificaron, pues Benedith había telefoneado previamente a míster Robert Pelham para anunciarle su visita.

Benedith conocía la prisión exteriormente. Había visto su doble recinto de seguridad prácticamente insalvable, pues además de los centinelas que ocupaban garitas elevadas y dotadas de potentes focos, abajo patrullaban por la noche media docena de corpulentos dogos especialmente adiestrados para impedir fugas.

Un funcionario que les esperaba en la entrada del vestíbulo, frío y húmedo, les guió hasta el despacho del director de Castlemoor.

Pelham, un hombre de mediana estatura, fornido, rubicundo y amable, les saludó con su acostumbrada cordialidad.

—Me sorprendió su llamada, inspector. ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada de particular, amigo mío. Hace tiempo que tenía deseos de visitar los talleres de esta prisión. Si no recuerdo mal, usted mismo me brindó esa oportunidad hace algún tiempo —mintió Benedith parcialmente—. Me gustaría, particularmente, saludar a Allan Delaney.

—Con mucho gusto. Pero antes les traeré un poco de jerez. El tiempo está desapacible y les vendrá bien una copa —respondió Pelham—. ¿Quieren sentarse? Aquí, cerca del radiador. Por desgracia, nuestro presupuesto no da de sí para derrochar energía. Siéntense, les traeré el jerez.

Abrió una vitrina y volvió poco después con una bandeja que contenía una preciosa botella de cristal tallado y tres finas copas a juego.

Encendieron cigarrillos y probaron el delicioso jerez de míster Pelham.

—Les agradezco muy de veras su visita —dijo Pelham—. Compréndanlo, la vida es monótona en Castlemoor. Las visitas de los familiares de los presos, por la mañana, pone un poco de animación, pero las tardes son aburridas, sobre todo en este tiempo. Mi esposa y mi hija (que viven aquí, conmigo) me piden constantemente que solicite destino a una prisión menos aislada, pero a mí me apasiona dirigir Castlemoor. No sé..., quizá dentro de unos años atienda sus ruegos, pero por el momento pienso seguir aquí.

Benedith tomó la ocasión por los pelos.

—¿No teme que se produzca un tumulto, una fuga colectiva...? —preguntó «casualmente».

—¿Tumultos, fugas? —exclamó Pelham—. He conseguido un trato humanitario y justo para los reclusos y tengo el orgullo de imaginar que todos me aprecian, aunque jamás he faltado a mi deber y hago respetar escrupulosamente el reglamento. No, jamás se produjo un tumulto, plante o algo parecido. En cuanto a las fugas...

—¿Es una prisión segura? —intervino Thompson, perfectamente aleccionado por Benedith.

—Castlemoor está considerada una prisión de alta seguridad —respondió el director—. La infraestructura es de piedra y hormigón y las paredes, sólidas e inexpugnables. Vean —se puso en pie y les mostró un croquis perfectamente detallado de los edificios—. Una construcción de diseño elemental, con pocos ángulos muertos, lo que permite vigilar perfectamente los muros exteriores. Tenemos alarmas electrónicas, rastrillos y verjas automáticas, visión radial, absoluta. En resumen: seguridad.

—Sin embargo, los presos poseen una tremenda inventiva, un

ingenio sin límites a la hora de proyectar una fuga. Las cloacas, por ejemplo —insinuó el inspector Benedith, con toda intención.

—En Castlemoor no existen cloacas o alcantarillas, propiamente dichas. Las aguas residuales van a parar a tres fosas sépticas, sin salidas practicables, que son vaciadas regularmente por un camión cisterna —respondió Pelham. Probó un sorbo de vino y añadió—: Por lo demás, no hay tampoco posibilidad de excavar túneles o algo semejante: todos los dormitorios de las brigadas y el departamento celular están situados a partir de la segunda planta. Como pueden comprobar, es prácticamente imposible fugarse de esta prisión.

—Así parece, señor —dijo Thompson, respetuosamente.

—¿Están trabajando aún en el taller de bolsos? —preguntó Benedith, que no estaba dispuesto a perder el tiempo.

Pelham consultó su reloj pulsera.

—Así es. Son las seis. A las siete tocará la sirena que anuncia el fin de la jornada laboral —Pelham aplastó su cigarrillo en un cenicero—. ¿Quieren seguirme? Les mostraré el taller con mucho gusto.

Abandonaron el despacho en pos del director y atravesaron un largo y limpio corredor que llevaba al centro de vigilancia, una cabina acristalada desde la que se dominaban perfectamente las cinco naves que componían el edificio-estrella.

Pelham hizo una seña a los vigilantes que ocupaban la cabina de vigilancia y una alta reja se deslizó sobre los carriles y les dejó libre el paso. Inmediatamente se cerró a sus espaldas.

Otro largo pasillo y luego oyeron el rumor de las máquinas. Un funcionario de uniforme les saludó y abrió la entrada al taller, una puerta de fuertes barrotes de hierro, dotada de cristales.

Contemplaron una nave de unos treinta metros de longitud, a cuya izquierda se alineaba una larga bancada compuesta por máquinas de coser, aptas para fabricar bolsos. A la derecha, adosada al muro, una alta estantería metálica que contenía material diverso: piezas ya cortadas de skai, curpiel, plásticos, telas...

Reinaba una gran animación en el taller, en el que trabajaban unos ochenta reclusos activamente. Los motores formaban un humor monocorde y el ambiente era templado: varias estufas eléctricas, situadas espaciada- mente, aminoraban los rigores del invierno.

Y allí, dirigiendo y organizando el trabajo, se encontraba Allan «Goodguy» Delaney. Era un hombre de treinta y tres años —aunque representaba menos—, de estatura regular, más bien alto, delgado, pero de constitución atlética, cabellos castaños, ojos

claros, irónicos y facciones muy agradables.

Delaney utilizaba una máquina de cortar géneros con patrón, situada al fondo de la sala. Un hombrecillo pequeño y enteco, completamente calvo, le servía de auxiliar.

Si Allan Delaney se sintió nervioso al ver a los policías, supo disimularlo muy bien.

Pelham llegó junto a él, le dijo algo que Benedith y Thompson no pudieron entender por el estrépito que elevaban las máquinas, y luego se volvió hacia ellos.

—Acérquense —invitó el director—. Se trata del inspector Benedith y el sargento Thompson, de Scotland Yard. Han venido a hacerme una visita de cortesía.

—¿Qué tal, inspector? —los ojos grises de Goodguy brillaron irónicos—. Mucho tiempo sin vernos, ¿no es cierto?

—En efecto —respondió el policía, un tanto nervioso—. Veo que se desenvuelve perfectamente aquí. El director Pelham me ha resaltado sus virtudes, como organizador y trabajador. Así que pedí al señor Pelham que me permitiera saludarle.

—Muy honrado —respondió Delaney, sin perder la sonrisa—. Como puede ver, no he sucumbido a la prisión.

Benedith carraspeó, embarazado.

—Lo celebro, de veras —dijo. De repente declaró—: Estuvimos a punto de pillar a Thayer, pero logró escapar en el último momento.

—¿Thayer? —exclamó Goodguy, con la expresión más cándida del mundo—. ¿Algún conocido?

Evidentemente, se burlaba. Un tanto corrido, Benedith no se atrevió a insistir sobre aquel asunto.

En seguida, el director pidió a Delaney que mostrara a sus visitantes el funcionamiento de las diversas secciones de taller y algunos de los objetos fabricados. Para entonces, Benedith había advertido que el ayudante de Delaney se mostraba muy nervioso e inquieto, aunque trataba de disimular su turbación poniendo en orden las piezas de tejido de nylon que Goodguy acababa de cortar.

De repente, Benedith recordó a aquel hombrecillo. Aunque envejecido y calvo en la actualidad, aquellas facciones correspondían a Poody Jackson, un famosísimo descuidero londinense.

—¿Viene, inspector? —le llamó Pelham. Y Benedith fue tras ellos, pensativo.

Delaney estaba mostrándoles el almacén de material y el de productos terminados, dependencias situadas al fondo de la nave. Vieron centenares de piezas de tejidos de nylon, utilizados para el

forrado de bolsos y maletas, carretes de hilo especial, cajones que contenían herrajes dorados y accesorios y un sinfín de complementos. En el almacén de productos fabricados, Pelham mostró con orgullo la colección de maletas, sacos de viaje, estuches, bolsos...

Aunque simulaba una atención cortés e incluso pronunció palabras de alabanza al comprobar el excelente terminado de aquellas piezas, Benedith seguía pensando en Poody Jackson.

No había mucho más que ver, de modo que Pelham dio la vista por terminada. Tras saludar a Delaney, el director de la prisión y el sargento caminaron hacia la puerta de salida.

Benedith, sin embargo, se retrasó un momento para ofrecer su mano a Allan Delaney.

—Muy agradecido por su regalo —dijo con un susurro apenas audible en el último momento. Y se alejó.

Ya abría el funcionario de vigilancia la puerta para permitirles salir, cuando Benedith se quedó mirando a uno de los presidiarios que trabajaba con una máquina de coser.

Era un hombre pelirrojo y fornido, de unos treinta años, facciones angulosas y mirada penetrante.

Cuando se reunió en el corredor con Pelham y Thompson comentó:

—No sabía que tuviera aquí a Charles Gillman, señor Pelham...

—¿Gillman? Ingresó a finales de verano. ¿Le conoce?

—Fui yo quien le detuvo, tres semanas después de que cometiera un desfalco de un millón de libras esterlinas en la empresa para la cual trabajaba —comentó Benedith.

—¿Quién era Gillman? ¿Un cajero, un contable? —inquirió Thompson, interesado.

—No. Era ingeniero aeronáutico en la Rambles & McGregor C. Un hombre muy inteligente que podría haber hecho una brillante carrera. Por desgracia, se aficionó al juego y robó para cancelar sus deudas. Cuando le detuvimos en Brighton ocupaba una *suite* del mejor hotel en compañía de una bellísima muchacha brasileña. Entre los dos se habían gastado casi quinientas mil libras en poco más de un mes —explicó Jim Benedith.

—Supongo que todo ello quedó atrás para Charles Gillman —expresó Pelham—. Pueden creerme si les digo que Gillman es un preso modelo. No nos ha dado el menor motivo de queja desde que llegó aquí y es un especialista sumamente útil a esta comunidad penitenciaria. Además de su trabajo normal en la sección de bolsos,

Gillman repara todas las averías mecánicas y eléctricas voluntariamente. ¿Han visto las estufas que calientan el taller? El

las construyó, sin percibir un céntimo. Lo digo sinceramente: me siento tan satisfecho de tenerle aquí como del mismo Allan Delaney.

—¿Y de Poody Jackson? —preguntó Benedith por sorpresa.

—¿Poody? ¡Un bendito de Dios! Ayuda a los dos capellanes, protestante y católico, de la penitenciaría y es el hombre de confianza de Delaney, que suele encargarle tareas de gran responsabilidad —explicó Pelham—. A pesar de su pequeñez física, de su aparente fragilidad, Poody es un hombre muy ágil y resistente. Voy a relatarles un episodio, mediante la resolución del cual, Poody se hizo merecedor de una considerable reducción de su condena. Una tarde, uno de los vigilantes me envió un recado urgente: al parecer, uno de los presos, Maugham, había sufrido un ataque de enajenación mental. Maugham había logrado robar un gran cuchillo en la cocina y se había hecho fuerte en la segunda planta de la galería B. El loco había herido en un brazo al funcionario que subió para reducirle y seguía allá arriba dando tremendos alaridos y amenazando con degollar a cualquiera que se arriesgase a subir. A pesar de ello, ascendí hasta allá, con la esperanza de convencerle para que depusiera su violenta actitud, pero tuve que bajar cuando Maugham me lanzó una cuchillada al vientre que no me alcanzó por milagro.

»No era posible llegar hasta el loco sino a través de la escalera que él mismo cubría. Poody me pidió que procurásemos distraer a Maugham, mientras él escalaba la escalera metálica por su parte inferior. Era muy arriesgado, pero acepté, pues temía que Maugham, finalmente, se lanzase desde las alturas con intenciones suicidas, como había anunciado varias veces. Subimos tres empleados y algunos reclusos, lentamente..., mientras Poody, oculto a la vista del loco, escalaba con la agilidad de un simio la cara inferior de la escalera. Poco después, Poody caía sobre Maugham y le derribaba. Cuando llegamos arriba, contemplamos la escena: Maugham, hecho un basilisco, pero inofensivo, yacía en el suelo boca abajo y con los brazos atados a la espalda con el cinturón de Poody. Lo más sorprendente de todo fue que Poody había logrado reducir al loco sin lastimarle lo más mínimo —terminó de narrar Pelham.

Benedith y Thompson aceptaron una segunda copa de vino que les ofreció el director de Castlemoor y hacia las ocho de la noche se despidieron de él, no sin agradecerle todas sus deferencias.

En el exterior, la niebla se había espesado aún más, si ello era posible. Subieron apresuradamente al coche y partieron.

Poco trecho más allá, Benedith volvió la cabeza y advirtió que la mole de la prisión había desaparecido, engullida por las

brumas.

—Bien. Esto simplifica las cosas —opinó el sargento Thompson—. Parece totalmente descartada la posibilidad de que Delaney pudiera escapar de la prisión para cometer un robo.

—Yo no pienso lo mismo —negó el inspector—. Por el contrario, ahora estoy más seguro que nunca de que Delaney es culpable.

—Explíquese, por favor —demandó Thompson.

—Pienso, además, que contó con la ayuda de, al menos, dos cómplices. Y si quiere que le diga quiénes son, lo haré: Poody Jackson y Charles Gillman.

—¡No puedo creerlo!

—Reflexione. ¿Vio a Poody? El tipo perfecto para deslizarse a través de un boquete como el del techo del West Bank. Luego está Charles Gillman, ingeniero aeronáutico...; ¿no le suscita ninguna idea este dato? Gillman, experto en cuestiones de aeronáutica.

—¡No estará imaginando que Gillman construyó algún artificio volante para escapar de Castlemoor! —exclamó el sargento, incrédulo.

—¿Por qué no? Gillman no sólo posee los conocimientos precisos, sino que es un hombre muy hábil, manualmente. «Pudo» hacerlo. Y ésa sería la explicación perfecta.

—Pero... ¿cómo, por San Patricio? ¿Una especie de helicóptero? Sería demasiado difícil. Por otra parte, un helicóptero, por elemental que sea, produce demasiado ruido.

—No sé... Tal vez una cometa gigante, uno de esos deslizadores que sirven para planear durante largo rato. Para ello sólo se necesita una liviana armadura de tubos de duro aluminio y fino tejido de nylon... Esto último les sobra, según usted misma habrá podido apreciar —insistió Benedith.

Thompson consideró tal posibilidad.

—No cabe duda —dijo, por fin— de que uno o varios hombres podrían utilizar deslizadores para escapar de la prisión, sobre todo si se escogiere una noche de niebla tan intensa como ésta y los evadidos pudieran alcanzar el tejado. Sin embargo, hay algo absolutamente imposible: que los fugitivos tornasen a la prisión por el mismo método.

Benedith asintió: lo que Thompson acababa de decir era sensato.

—Otra cosa para la que no encuentro explicación, es la siguiente —añadió el sargento—: Suponiendo que hubieran podido escapar e incluso cometer el robo del Banco, ¿por qué habrían de volver a la prisión? Con cinco millones de libras, no les hubiera resultado imposible obtener documentos falsos e

incluso someterse a la cirugía estética para, finalmente, escapar lejos del país.

—Pero ¿no lo comprende? Delaney y los suyos debieron basar la efectividad del golpe en el hecho de que nadie pudiera acusarles. Si volvían a la prisión, si se reintegraban a ella sin que nadie advirtiera que habían faltado unas horas, *disponían de la cortada perfecta*. Es decir, a Delaney y sus cómplices, les *interesaba* volver a la penitenciaría.

—No está mal —aceptó Thompson—. Evidentemente, se trataba (si sucedió así) del más brillante y audaz de los planes. Por desgracia, jamás podremos demostrar que Delaney robó el West Bank.

—Ya veremos —respondió Benedith, tenaz—. Por el momento, empiezo a estar seguro de que ellos son culpables. Si me quedaba alguna duda, la visita a Castlemoor la ha despejado. Delaney supo fingir, pero no así Poody, que se mostró muy excitado e inquieto. Otro tanto ocurrió con Charles Gillman: no lo pude ver cuando entramos, porque posiblemente se ocultaba a propósito. Pero cuando salíamos le vi, le miré insistentemente, de modo que él supo que yo le había reconocido. Y cuando nuestras miradas se cruzaron, el desvió los ojos, lo que le convierte claramente en sospechoso.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Thompson, perplejo.

Benedith meditó su respuesta.

—Voy a investigar las posibles conexiones de esos tres presidiarios con personas del exterior. Después..., ya veremos —dijo.

CAPITULO VI

Se llamaba Penny Hastings y vivía en una destartalada casa de apartamentos situada en el barrio de Pimlico.

Penny tenía veintitrés años, era delgada y morena y tenía los ojos más bonitos del mundo. Pardos y brillantes, unas chispitas destellaban en sus iris cuando Penny sonreía.

Penny trabajaban en el taller de un modista instalado no muy lejos de Carnaby Street, pero dos días a la semana solicitaba permiso de dos horas, que compensaba por la tarde. Nadie sabía en el taller en qué invertía Penny aquellas cuatro horas semanales, pero el inspector Benedith lo supo en seguida: los martes y los viernes, Penny tomaba la *scooter* que solía utilizar para ir al trabajo y se trasladaba a... la penitenciaría de Castlemoor, donde se entrevistaba con Allan Delaney en el locutorio de la prisión.

Benedith la estuvo vigilando a lo largo de los meses de febrero, marzo, abril y mayo.

Si quería controlar sus idas y venidas, no necesitaba esforzarse: Penny jamás fallaba en sus visitas de los martes y viernes a Castlemoor.

En cuanto conoció a Penny, el policía de Scotland Yard abrigó una sospecha. Para comprobarla, fotografió a Penny a su salida de la prisión y desde el interior de su automóvil. Una vez revelada la fotografía y obtenida una ampliación bastante clara, Benedith se trasladó a la agencia de mensajerías Welles & Simpson Co., en cuyo despacho encontró al mismo empleado que le recibiera meses atrás.

El empleado reconoció sin la menor vacilación a Penny.

—Es ella —dijo—. ¡Sí, sí, seguro, es ella!

—Bien. Magnífico. Supongo que estaría dispuesto a testificar ante el juez —insinuó Benedith.

—¿Por qué no? Mire, me aburro soberanamente: de casa al trabajo y del trabajo a casa. Esa es mi vida. A las ocho y media cojo la bicicleta y vengo aquí. Salgo a las cinco y, después del té, me siento a ver la televisión. Y así siempre. Sí, sí, me gustaría acudir ante el juez, aunque sea para librarme de la rutina diaria —expuso el hombre, que se llamaba Bert Richards.

Benedith se frotó las manos de pura satisfacción: ahora tenía a Allan Delaney entre sus manos. Podría acusarle formalmente del robo al West Bank: Delaney tendría que confesar cómo se las había arreglado para escapar de la prisión de Castlemoor, dar el golpe y volver a la cárcel, todo en unas pocas horas. Y esto

precisamente —el enigma que rodeaba el caso— era lo que más apasionaba a Benedith.

—Está claro que él le indicó a Penny que pegara las letras del mensaje en una hoja de papel, preparase el paquete y anotase mi dirección, tras lo cual depositó el envío en el despacho de la Welles & Simpson Co... —iba pensando, mientras conducía de regreso a Kensington, dispuesto a descansar.

Le dolía tener que hacer aquello. Iba a complicar a una jovencita, cuya única responsabilidad consistía en haberse enamorado de un sinvergüenza como Goodguy Delaney. Por otra parte, no podía olvidar que Delaney le había entregado el alijo voluntariamente, cuando le hubiera sido fácil obtener una fortuna, vendiéndolo en el mercado negro.

Sin embargo, Jim Benedith imponía su sentido del deber por encima de cualquier otra consideración. No odiaba a Delaney; por el contrario, aquel simpático delincuente le caía bien, pero su deber era perseguir cualquier delito hasta las últimas consecuencias.

Pero el azar iba a gastarle una pésima jugada: la misma tarde en que se entrevistara con el empleado de la agencia de mensajerías por segunda vez, un autobús urbano atropelló al pobre Bert Richard y le aplastó.

La muerte fue instantánea. ¿Un accidente... provocado quizá?

Benedith siguió la investigación-encuesta y llegó a la conclusión de que la muerte de Richards se había producido de modo fortuito: la bicicleta que Bert conducía patinó sobre una mancha de aceite. El hombre cayó al suelo bajo el paragolpes del autobús que le seguía a mediana velocidad, a cierta distancia. La encuesta estableció que el conductor no era culpable y ahí quedó todo.

Pero Benedith comprendió que sus esperanzas de inculpar a Delaney se habían esfumado.

Luego, a principios de junio llegó desde Castlemoor aquella noticia que le dejó anonadado: Allan Goodguy Delaney iba a ser puesto en libertad. Y no sólo Delaney, sino también sus camaradas Paul Poody Jackson y Charles Gillman.

Benedith no quería dar crédito a la sorprendente noticia, pero una llamada a Robert Pelham aclaró todas sus dudas.

—Sí, sí, no le han mentido, inspector —declaró el director de Castlemoor—. Delaney, Gillman y Jackson serán excarcelados en fecha próxima.

—Pero..., ¿cómo es posible?

—Hace dos semanas se produjo un incendio en el taller de bolsos. Al parecer, accidentalmente, una de las estufas prendió en un fardo de piezas recién cortadas. Como los materiales

almacenados eran sumamente combustibles, el fuego se extendió en seguida, provocando la alarma y el pánico entre los reclusos-trabajadores. El vigilante, míster Guilford, que había intentado con la ayuda de Delaney extinguir el fuego, quedó atrapado en el almacén de materiales. La verdad es que todos temíamos que Guildorf hubiera muerto cuando Delaney propuso a Poody y a Gillman realizar una tentativa de rescate. Se cubrieron con mantas mojadas, tomaron sendos extintores y desaparecieron en la densa humareda temerariamente. Pasaron unos minutos angustiosos. Ninguno de los tres hombres aparecía y temí que en lugar de una víctima tuviéramos cuatro.

Ya se había llamado a los bomberos de una localidad vecina, pero el fuego había adquirido para entonces proporciones tan gigantescas que parecía seguro que cuando llegaran el taller entero estaría destruido.

—Y luego, cuando ya desesperábamos..., ¡aparecieron Delaney y sus dos camaradas arrastrando el cuerpo de Guilford, al que habían protegido con una manta; precisamente Delaney se había despojado de ella! —relató Pelham—. En resumen: salvaron a Guilford con riesgo de sus propias vidas. Delaney ha sufrido algunas quemaduras en los brazos, menos graves, pero estuvo a punto de perecer por asfixia y hubo que ponerle en un pulmón de oxígeno durante varios días. Parece que empieza a recuperarse.

—¡Qué hermosa casualidad! —ironizó Benedith, chasqueado.

—Sí —afirmó Pelham—. Incluso lo del seguro.

—¿Qué seguro?

—Fue idea de Delaney. No hacía más que insistir en que era preciso concertar un seguro contra-incendios que cubriese todos los riesgos del taller y de sus trabajadores. No me decidía a ello, pues resultaba caro y yo no temía que se produjese un accidente tan aparatoso. Pues bien, la póliza de seguros quedó contratada en firme... hace poco más de dos semanas. Si no hubiera seguido el consejo de Delaney, los presos se hubieran quedado sin trabajo y las pérdidas hubieran sido de consideración. ¡Figúrese! La compañía de seguros va a pagar ¡casi medio millón de libras esterlinas!

—Ese Delaney es una joya —opinó Benedith, en el colmo del sarcasmo.

—Tiene toda la razón, inspector —Pelham no había captado su ironía—. Por supuesto, me apresuré a informar a la Secretaría de Prisiones, proponiendo que las condenas de estos hombres fueran canceladas, como recompensa a su heroico comportamiento. El expediente correspondiente se verá y resolverá dentro de pocos días, aunque he recibido noticias esperanzadoras al respecto.

Considerare la realidad, inspector Benedith: esos hombres cometieron errores gravísimos, sí, pero también aciertos como el que acabo de narrarle. Los tres han cumplido ya largas estancias en prisión. Es justo que sean indultados, ¿no le parece?

Jim respondió con un murmullo ahogado, ininteligible.

—¿Le ocurre algo, Benedith? —preguntó Pelham, solícito.

¡Que si le ocurría! Se sentía chasqueado, rabioso, estafado... Indudablemente, Allan Delaney era mil veces más inteligente de lo que había sospechado hasta entonces. ¡E iba a salir en libertad, cuando aún le quedaban por cumplir doce años de condena...!

Benedith farfulló unas palabras de agradecimiento a Pelham por su información y colgó, exasperado.

—Estoy seguro de que Delaney, Jackson y Gillman provocaron el fuego para después poder «salvar» al funcionario Guilford —murmuró, colérico—. Delaney posee una imaginación diabólica. Genialmente diabólica o diabólicamente genial, como se prefiera. Si, como pienso, esos tres granujas robaron el West Bank, empezarán a darse la gran vida en cuanto salgan a la calle. Pero yo estaré detrás de ellos, vigilante, y en cuanto cometan el menor descuido...

Allan Delaney, Paul Jackson y Charles Gillman abandonaron la penitenciaría de Castlemoor el día veinte de junio. Los tres «redomados» sinvergüenzas vestían todo lo elegantemente que pueda imaginarse y se hicieron trasladar a Londres en un Cadillac color azul.

Benedith se dispuso a controlar sus movimientos. Tenía que ocuparse de todo, pues llevaba aquella investigación de forma personal y privada, puesto que el caso había sido archivado meses atrás.

Antes de que Delaney abandonase la prisión de Castlemoor, Benedith había llevado su osadía hasta penetrar en el apartamento que Penny Hastings habitaba en Pimlico. Sabía que se trataba de un acto ilegal, pero tenía la esperanza de hallar alguna importante cantidad de dinero en su domicilio. Dinero o algo que la comprometiese seriamente.

Se llevó un tremendo chasco, pues después de registrar escrupulosamente el humilde, pero limpio y acogedor apartamento, no halló nada que pudiera comprometer a la jovencita.

No importaba. Benedith era un policía tenaz, infatigable. Antes o después conseguiría llevar a Delaney y a sus secuaces a la cárcel. Podría costarle meses, quizá años de vigilancia pertinaz, pero lo conseguiría.

Por el momento, los tres compinches se hospedaban en el

Ambassador, un hotel de tres estrellas situado en el centro.

Al domingo siguiente, Benedith averiguó que Delaney había adquirido un solar de dos hectáreas de extensión en Wood Green, al norte de Londres. El terreno tenía una situación espléndida, junto a la autopista de circunvalación que rodea los extrarradios de la enorme capital.

Un solar de tales dimensiones debía costar un ojo de la cara. A Delaney le había costado cuarenta mil libras, según le explicaron en la agencia de compra-venta de inmuebles que había realizado la operación.

—Ya te tengo —pensó Benedith—. Tendrás que explicar el origen de esas cuarenta mil libras.

Delaney había abandonado Castlemoor con una libreta de ahorros con un depósito de tres mil quinientas libras, producto de su trabajo durante casi siete años en el taller de bolsos. Sus dos secuaces poseían otras cinco mil libras entre los dos. Todo ello sumaba ocho mil quinientas libras, cantidad insuficiente para pagar el solar, máxime cuando Benedith sabía que Delaney había depositado las cuarenta mil libras al contado, mediante un cheque contra —¡qué casualidad!— el West Bank.

Esa misma tarde se presentó en el hotel Ambassador. Se había hecho acompañar por el sargento Thompson, quien, siguiendo las instrucciones del inspector, se apostó bajo la escalera de incendios por si los tres granujas sentían la tentación de escapar.

Para su sorpresa, el propio Allan Goodguy le recibió con los brazos en la lujosa *suite* que ocupaba. Elegantemente vestidos y cínicamente acomodados en un diván tapizado en terciopelo verde, estaban el calvo, pero atildado Poody Jackson y el pelirrojo y corpulento Gillman.

—Bien venido, inspector Benedith. ¿Una copa? —invitó Allan, y se acercó a un bien surtido *buffet*. Sin embargo, el policía se apresuró a negar con un ademán—. No bebe en horas de trabajo, ¿no es eso? Como quiera. Siéntese. Fumemos un cigarrillo y charlemos. Rememoraremos los viejos tiempos, ¿eh, inspector? —charló con notable desenvoltura el apuesto Delaney, mostrando un magnífico reloj de oro en su muñeca izquierda.

—No voy a perder mucho tiempo, queridos muchachos —respondió el policía, haciendo acopio de aplomo—. Supongo que tendrán que venir conmigo a Scotland Yard.

Poody dejó escapar una risita. Guillman le contempló con un gesto altivo y distante.

Delaney golpeó suavemente la espalda del inspector.

—Vamos, vamos, señor. Lo suyo es una obsesión que raya en lo patológico. Sé que es un buen profesional, un hombre honrado,

pero usted lleva su profesión hasta extremos increíbles. Mis amigos y yo estamos en paz con la ley. Es más: le prometo que en el porvenir gastará inútilmente su tiempo si lo dedica a vigilarnos. Hemos decidido cambiar, vamos a dedicarnos a negocios honestos, a trabajar. Apostaría que usted y nosotros, inspector, incluso podríamos llegar a ser amigos. ¿Por qué no? —se apresuró a atajar con un gesto al policía, que se disponía a estallar de un momento a otro—. Yo no le guardo rencor. Fue usted quien me llevó a la cárcel, pero no hacía otra cosa que cumplir con su deber. Además..., tuvo para conmigo un trato francamente humanitario. No puedo olvidarlo.

—Yo tampoco puedo olvidar el robo al West Bank, sucursal de Gummerbury Park, perpetrado en la madrugada del dieciocho de noviembre —declaró Benedith con voz fría.

Goodguy y sus amigos cambiaron una rápida mirada.

—Bien, pues no lo olvide —repuso Delaney con todo cinismo—. Dígame, ¿qué tiene que ver todo ello con nosotros?

Benedith enseñó los dientes en una sonrisa rabiosa.

—Ya les dije que no voy a perder el tiempo. Sencillamente, quiero saber de dónde sacaron las cuarenta mil libras con las que acaban de adquirir un espléndido solar en Wood Green —pronunció cuidadosamente—. Si pueden justificar razonablemente el origen de esa cifra de dinero, les pediré disculpas y me marcharé.

—¡Ah, el solar de Wood Green! —exclamó Delaney. Y bebió un sorbo de su vaso de whisky entornando los ojos de pura satisfacción—. Una magnífica oportunidad y una oportuna inversión, si me permite el juego de palabras. Mis socios y yo pensamos instalar allí un cementerio de automóviles y un negocio de vehículos de ocasión. Usted podría ayudarnos a conseguir las licencias que nos exigen, inspector.

Jim enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—¡Es el colmo! —rugió, fuera de sí—. ¿Es que aún tienen el cinismo de proponerme...?

—¿Por qué no? —respondió Allan, risueño—. Ya le dije que no soy rencoroso. Usted también podría tener una participación en el negocio. Verá, siempre he pensado que usted es un hombre demasiado honrado para ser policía. Podría retirarse y unirse a nosotros.

Benedith apenas podía contener su cólera. Por fortuna, consiguió controlarse y callar los improperios que subían a borbotones a sus labios.

—En fin... Puesto que no pueden justificar esas cuarenta mil libras, tendré que llevármelos a comisaría. A los tres —pronunció.

—¿Quién dijo tal cosa? —sonrió Delaney, dueño de sí mismo—. Por supuesto que podemos justificar el dinero. Usted no me ha entendido bien, inspector. Le dije que estábamos dispuestos a emprender actividades lícitas. Vea esto.

Estupefacto, Benedith tomó los documentos que Delaney le ofrecía. Era una liquidación de beneficios como apostante en la triple gemela (1), corrida el domingo anterior en el hipódromo de Paddington. Era un documento nominal, que certificaba que Allan Delaney había percibido..., ¡sesenta mil libras! como ganador de la apuesta.

(1) Un tipo de apuesta sobre carreras de caballos.

Se sentía muy mal cuando devolvió el documento a Delaney. Intentó sonreír, pero sólo le salió una mueca.

—Lo siento —murmuró—. Me he equivocado.

Goodguy dejó escapar una alegre carcajada.

—Todos nos equivocamos, inspector. Pero no se apure. ¿Le sirvo un trago? Creo que lo necesita —dijo.

—Váyase... al diablo —gruñó el policía. Y se marchó dando un portazo.

Lo peor no fue la plancha, sino... explicárselo todo al sargento Thompson, que le miró compadecido y no hizo ningún comentario para no herirle.

—Y sin embargo, estoy seguro de que ese dinero es producto del robo —insistió tercamente Jim Benedith—. No es la primera vez que alguien "compra" un boleto premiado para justificar ganancias ilícitas, dinero procedente de robos, por ejemplo.

Como esto último era cierto, Thompson se ofreció a llevar a cabo las correspondientes comprobaciones. No pudo averiguar nada, a pesar de que durante tres semanas frecuentó el hipódromo, palpó el ambiente e incluso interrogó a numerosos boleteros y confidentes. Nadie sabía nada. En caja le informaron de que, en efecto, el poseedor de unas cuantas apuestas había ganado la triple gemela, con el considerable resultado de un beneficio de sesenta mil libras.

Lentamente —al menos para el inspector Benedith—, transcurrió el verano.

Delaney, Jackson y Gillman habían construido varias naves en Wood Green y adquirido un centenar de viejos vehículos, algunos de los cuales eran dejados en condiciones de rodar en el taller anexo, en el que trabajaban cuatro mecánicos.

Benedith comprobó que el negocio funcionaba con toda legalidad. Habían obtenido las licencias necesarias y todo se realizaba de forma honorable. Y lo que era más sorprendente: el negocio iba viento en popa.

Los tres socios permanecían la mayor parte del día en sus instalaciones de Wood Green, adonde también acudía frecuentemente Penny Hastings. Benedith les seguía a veces por las carreteras vecinales próximas, a través de las cuales, Delaney conducía con mano experta un remozado Jaguar convertible.

Benedith les había visto besarse y abrazarse apasionadamente. Incluso había enrojecido al ser testigo oculto de otras expansiones eróticas aún más intensas. Aunque, desde luego, la pareja parecía muy enamorada.

El policía no daba su brazo a torcer. Robaba diariamente horas al descanso para seguir los movimientos de los tres socios y de Penny Hastings.

—No importa —se decía—. Sé que Goodguy volverá antes o después a las andadas. Es un delincuente nato y algún día sentirá la tentación de volver al delito, de enriquecerse rápidamente, de dar un golpe de sorpresa, de... Ese día yo estaré cerca para caer sobre él y sus compinches.

De repente, a finales de verano, Delaney, Jackson y Gillman abandonaron el hotel Ambassador sin dejar sus nuevas señas. Esa tarde, Benedith corrió a Wood Green y se apostó en un lugar a propósito desde donde pudiera vigilar las instalaciones a través de los prismáticos.

A las siete de la tarde, Penny abandonó el negocio conduciendo su *scooter*. Benedith aguardó pacientemente.

Poco después, los tres socios se ponían en marcha a bordo del Jaguar convertible. Tomaron la autopista de circunvalación para abandonarla poco después y dirigirse hacia el noroeste por la carretera A-1.

No tardaron mucho en volverse a desviar. Tomaron un caminito arbolado que describía numerosas curvas, se desviaron a la derecha, cruzaron un riachuelo, torcieron a la izquierda y remontaron la pendiente que llevaba a las laderas de una colina.

Aquel camino intrincado aumentó las sospechas del inspector, que procuró no perderles de vista, aunque se esforzaba en no aproximarse demasiado a ellos.

De repente, el Jaguar desapareció de su vista. Superado el cambio de rasante, Benedith pudo contemplar el largo camino que se perdía entre los bosquecillos.

—Tienen que estar cerca —se dijo. Y echó pie a tierra y corrió cuesta arriba.

El Jaguar estaba vacío, bajo unos pinos. Descendió un talud y de improviso los vio: contemplaban el trabajo de seis albañiles que estaban alzando los muros de piedra de tres edificios adosados.

—Almacenes alejados, muy útiles para esconder contrabando o... algo semejante —sospechó el policía. Y descendió sigiloso, oculto tras los troncos de los árboles.

En ese momento, Allan Delaney se volvió y olfateó el aire.

—¿Por qué no se acerca, inspector Benedith? —gritó Allan, en voz alta.

—¿Cómo habrá podido descubrirme el maldito? —se preguntó Jim. Abandonó su escondrijo y descendió lentamente hasta aproximarse al grupo que formaban los tres socios.

—Tal vez quiera echarnos una mano, inspector —dijo Allan, sonriente. Y se despojó de la chaqueta, se puso un viejo pantalón y arrancó de un tirón el motor de la hormigonera. Sus socios hicieron otro tanto y se pusieron a ayudar a los albañiles que levantaban los muros de las tres espaciosas construcciones.

Benedith disimuló su chasco.

—¿Qué se propone hacer? —preguntó, aproximándose al atlético Delaney.

—Vimos este sitio hace un par de meses y nos gustó —respondió Allan, de buen humor—. Compramos el terreno en cuanto tuvimos el dinero necesario y hace un par de semanas comenzamos a construir nuestras casas. Una para cada uno, naturalmente.

—Pero el terreno, los materiales de construcción, los jornales de estos hombres..., todo eso supone una cantidad considerable. ¡No me diga que volvió a ganar la triple gemela! —exclamó el policía, sarcástico.

—Esta vez no. Fue Poody quien tuvo la idea —Poody le hizo un visaje desde allá abajo—. Pasamos un fin de semana en Brihgtton y se les ocurrió arriesgar unas libras en la ruleta. Ganó quince mil y se retiró oportunamente. Tenemos una liquidación del casino, desde luego. ¿Quiere verla?

—¡Nooo! —respondió Benedith hoscamente—. ¿Para qué? Ustedes son muy inteligentes. Capaces de hacer pasar un *ponny* por el ojo de una aguja, ya lo sé. Poco a poco, conseguirán ir justificando el producto del robo al West Bank como si fuera dinero legítimamente adquirido. Sólo que alguna vez cometerán un error y entonces...

—Creo que no se lo he dicho aún, inspector —dijo—. Penny... Conoce usted a Penny, ¿verdad? Pues bien: Penny y yo vamos a casarnos. En cuanto estén terminadas nuestras viviendas. Me gustaría que asistiese a nuestra boda, inspector. Usted me gusta. Es un buen hombre. Se portó muy bien conmigo, a pesar de todo. ¿Asistirá a la ceremonia?

Jim reflexionó.

—No —respondió con brusquedad. Y dulcificó la voz—. No puedo, Delaney. Sería un acto de cinismo. ¿No comprende que un día u otro yo tendré que detenerle? A usted, a Poody, al ingeniero —señaló a Gillman, que hacía unas comprobaciones en los muros con un nivel—.

Delaney le miró por el rabillo del ojo, sin perder su característica sonrisa picara.

—Así que sigue pensando que nosotros robamos el West Bank —dijo.

—Desde luego. El golpe tenía su «marca de fábrica», Allan. Era un golpe típicamente suyo. Limpio, efectivo, sin sangre, sin violencias y... altamente compensador. Sé que fue usted quien, a través de Penny Hastings, me devolvió los veinte kilos de cocaína que extrajeron de las cajas de alquiler del West Bank. Por desgracia, Bert Richards, el empleado de la agencia de mensajerías, murió hace unos meses, por lo que no puedo probarlo. Pero yo sé que fueron usted, Poody y Gillman. ¡Me jugaría el cuello! —exclamó Benedith, impulsivo.

Allan dejó escapar una de sus alegres carcajadas capaces de contagiar a cualquiera su excelente humor.

—Y no lo perdería, puedo jurarlo —declaró el expresidiario.

Benedith se atragantó.

CAPITULO VII

—¡Venga aquí! —rugió el policía, cuando Allan dio la vuelta y se dispuso a volver junto a la hormigonera.

—Un momento, inspector. Ahora vuelvo. ¿De veras no quiere echarnos una mano? El trabajo es salud para el cuerpo y para el espíritu —gritó Allan.

Furioso, Benedith le siguió con la mirada cuando Delaney volcó la hormigonera en una carretilla, que después empujó fácilmente hasta el pie de un muro. Hizo otros tres viajes y luego escaló el desnivel de un ágil salto. Más allá, Poody acarreaba piedra y ladrillos a pie de obra, mientras Gillman colocaba una mira en la esquina oriental del edificio múltiple.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Benedith, mordiendo las tres palabras.

Allan le ofreció un 555, le encendió el cigarrillo y se sentó a su lado sobre una pila de rectas vigas de madera.

—Me siento compadecido al verle tan obsesionado, inspector. Por eso quiero ayudarle —dijo, arrojando una bocanada de aromático humo al viento.

—¿Se burla de mí? —preguntó, furioso, el policía.

—No, qué tontería. Ya le he dicho que usted me gusta. Incluso trató de ayudarme cuando lo de Perrin. Naturalmente yo callé lo que sabía: era mi ley... de entonces. Pero yo no maté a Perrin.

Benedith frunció los labios en una mueca de escepticismo.

—Se lo juro, Benedith —por primera vez, Delaney no sonreía—. Yo no maté a Perrin. Tan cierto como que... cometí el robo a la sucursal del West Bank en Gummerbury Park.

Jim se incorporó de un brinco.

—¡Así es que lo confiesa..., por fin!

—Sí —afirmó serenamente Allan.

El inspector se llevó inmediatamente la mano a la cintura y sacó un par de brillantes esposas.

—Muy bien, Goodguy. Créame que lo siento, pero tengo que detenerle —pronunció con voz solemne.

La carcajada de Delaney le desarmó.

—Pero... ¿cómo puede ser tan ingenuo, hombre de Dios! —exclamó, divertido—. ¿Quién ha oído lo que acabo de decirle? ¡Sólo usted! Yo lo negaría inmediatamente, ¿no lo comprende? Y no tiene pruebas. Absolutamente ninguna. Se reirían de usted.

Benedith guardó las esposas con lentitud.

—Maldita sea, me he precipitado —se recriminó a sí mismo.

—Vamos a dar un paseo —propuso Allan, amable—. Se lo

contaré todo.

El inspector vaciló. ¿Una encerrona? Pero no, Delaney parecía incapaz de tender una encerrona a nadie.

—De acuerdo. Vamos.

Cruzaron bajo el bosquecillo de pinos y oyeron el rumor de las agujas de pinos agitadas por la brisa vespertina. Dentro de poco se pondría el sol tras la línea del horizonte.

—Hable —propuso Benedith, cuando se hubieron alejado un largo trecho.

—Pues bien: es cierto, lo hicimos —se detuvo Delaney—, Recibí un soplo en prisión: Thayer acababa de recibir un importante alijo de cocaína. ¡Las paradojas de la vida...! Los mismos que me enviaron las esmeraldas desde Colombia y dieron el soplo a Thayer, me hicieron llegar hasta Castlemoor la noticia del alijo que Thayer había encargado...

—¡Espere, espere! —Jim detuvo a Allan por un brazo—. ¿Quiere decir que el destinatario de las esmeraldas era usted?

—Sí. Había invertido todos mis ahorros en aquella operación. Me había propuesto que fuera el último acto delictivo de mi vida... Incluso tenía un comprobador en Amsterdam. Yo iba a obtener un beneficio neto de unas ciento treinta mil libras. Lo suficiente para hacer realidad el sueño de toda mi vida: esas instalaciones dedicadas al automóvil que hemos construido mis socios y yo. Lo trágico es que tuve que sufrir ocho años de prisión para lograrlo —se lamentó Allan.

Por un momento su ceño se frunció y sus ojos brillaron intensamente. Pero, en seguida, su expresión se distendió y la sonrisa volvió a bailar en sus labios.

—No me diga que Thayer se apoderó de las gemas —pronunció Benedith. Y un segundo antes de que Delaney asintiera, Jim estaba seguro de que su respuesta sería afirmativa.

—¿Quién, si no? —respondió Allan—. Las esmeraldas venían en el doble fondo de un pequeño bidón de aceite de engrase..., que iría a parar a la terminal y que yo hubiera podido recoger en seguida..., si Thayer no se hubiera cruzado en mitad de mi camino.

—Explíqueme cómo ocurrieron las cosas —pidió Benedith, profundamente interesado.

—Me dirigí a la terminal. Desde allí pude ver que Perrin transportaba mi bidón en su tren de remolques —narró el ex presidiario—. Pero entonces vi a los «gorilas» de Thayer. Habían conseguido llegar a las pistas en uno de esos vehículos que guían a los aviones desde la cabecera de pista, esos coches que llevan detrás un rótulo que dice: *FOLLOW ME* (1).

Según Delaney, uno de ellos disparó una andanada de disparos a quemarropa contra el conductor del pequeño convoy cargado de maletas y bultos.

—Cuatro individuos que vestían «monos» como los usados por los empleados de la terminal, me obligaron a salir y me golpearon en la cabeza, mientras los del coche escapaban inmediatamente a través de las pistas. Me derribaron, metieron un revólver en mi bolsillo... Luego llegó usted y todo se fue al diablo. Por supuesto, en cuanto levantaron el cadáver del infeliz Perrin, alguien condujo el tren de remolques hasta la terminal. Supongo que Thayer se llevó el bidón sin perder tiempo. Es decir, no lo supongo, lo sé.

—¿Cómo puede asegurarlo? —quiso saber Jim Benedith.

—En la caja alquilada por Thayer había una bolsilla con esmeraldas. Eran parte de las mías. Yo conocía su tamaño y calidad. Prácticamente, todas las piedras estaban perfectamente descritas y registradas en una lista. Incluso había algunas instrucciones complementarias para el ulterior tallado de las gemas.

Jim dejó escapar un suspiro que liberó su pecho.

—Así que no me había equivocado —murmuró.

—No. Ya se lo he dicho: Poody, Charlie y yo dimos el golpe del West Bank. Es usted un buen sabueso, Jim..., ¿me permite llamarle así?

—Haga lo que quiera... —respondió Benedith, absorto—. Lo que no comprendo es su absoluta tranquilidad. Sabe que su declaración puede suponer para usted un mínimo de doce años de prisión.

Allan sonrió.

—¿Quién le dijo tal cosa? ¡Yo no pienso ir a la prisión! —exclamó, desenvuelto—. ¿Cómo podría *probar* que *yo* lo hice?

Jim se mordió los labios, impotente.

—Es cierto. No puedo probarlo. Pero no descansaré hasta obtener esas pruebas. Y entonces...

—¿Qué? —Delaney acababa de plantarse desafiante ante él.

Nervioso, Benedith sacó un paquete de Players y encendió uno. Con la mayor desenvoltura. Allan tomó la cajetilla de sus manos y tomó otro.

—Es curioso —dijo el ex presidiario, alzando el rostro para percibir mejor el aroma del humo de su cigarrillo.

—¿Qué es lo curioso? —preguntó Jim, devolviendo la cajetilla al bolsillo de su chaqueta azul claro.

—Usted sólo piensa en llevarme nuevamente a la prisión —dijo

con reproche—. Ni siquiera se ha detenido a pensar que he cumplido condena por *un asesinato que no cometí*. Pasa por alto esto, pero se empeña tercamente en volver a inculparme.

Al policía se le secó bruscamente el sudor de su rostro.

Cautelosamente, dijo:

—¿Cómo puedo yo estar seguro de que me ha dicho la verdad, de que no mató a Perrin?

—Porque yo nunca he matado —respondió Allan, como si acabase de ofrecer una prueba definitiva—. No acusé entonces a Thayer porque yo era un delincuente. Los granujas hacemos las cosas a nuestra manera. De todas formas, tenía la remota esperanza de recuperar las esmeraldas y darle a Thayer su merecido.

—Los veinte kilos de cocaína —indicó Benedith.

—Cierto. En mi nota le insinuaba que debía presionar a Thayer, como hizo. La verdad, nada me hubiera causado más satisfacción que saber a Thayer en prisión..., pero a usted se le escapó de entre las manos, según propia confesión —le reprochó Delaney sin acritud.

Jim echó a andar y su acompañante le siguió, cuesta abajo, sobre los pastos secos que crujían bajo sus pies.

El inspector se detuvo de pronto. Miró fijamente las atractivas facciones de Allan Delaney y dijo:

—Hay una parte de mí que se inclina a olvidar este asunto, a dejarle vivir tranquilo, Allan. Pero la otra parte, el profesional, el policía, no podría vivir tranquilo sabiendo que había faltado a su deber, ¿lo entiende?

Le sorprendió la súbita carcajada en Delaney.

—Sí. Y por eso haré todo lo posible para que usted no pueda llevarnos a la cárcel —respondió con toda flemma.

—¿Quiere decir que no va a decirme nada más?

—¿Por qué no? Le diré todo aquello que no nos comprometa. Supongo que así se sentirá más tranquilo... Por cierto, ¿tiene alguna idea de por dónde anda Thayer?

—Supongo que él y sus tres compinches supervivientes lograron salir de las Islas Británicas. De todas formas, la orden de captura está vigente. En cuanto vuelvan a Inglaterra serán detenidos y juzgados.

Allan sonrió.

—La policía de Su Graciosa Majestad protege muy bien a sus honrados contribuyentes —gruñó sarcástico—. La verdad es que Thayer ha estado viviendo en un tugurio del Soho, hasta hace unos días en que *cambió de domicilio*.

—¿Cómo lo sabe? —se picó Benedith inmediatamente.

—Tengo numerosos amigos, que me echan una mano. De todas formas, yo no voy a ayudarle a agarrar a ese canalla. Le prometí a Penny que cumpliría escrupulosamente con la ley y pienso hacerlo aunque me cueste... De todas formas, supongo que a Thayer le gustaría ponerme la mano encima, por eso vivo prevenido. Thayer debe suponer, con cierta razón, que todas sus desgracias provienen de mí. Estoy seguro de que no dudaría en llegar al asesinato, si encuentra la oportunidad.

Benedith sabía ya muchas cosas acerca de Thayer como para suponer que Delaney estaba en lo cierto.

—En realidad —añadió Allan—, si dimos el golpe del Banco West sólo fue para recuperar una parte de lo que Thayer me había robado.

—Pero allí había, además, cinco millones de libras, que desaparecieron —replicó Benedith, estudiando el rostro del expresidiario.

—Sí. Pero a mí no me importaba el dinero del Banco, sino los depósitos de Thayer, Dodge, Lawton, Kane y O'Neill. Los socios de Thayer se beneficiaron del robo de las esmeraldas. Pero eso abrimos las cajas de alquiler.

—¿Y los cinco millones? —insistió el policía.

Delaney dio bruscamente la vuelta y caminó ágilmente cuesta arriba.

El sol acababa de desaparecer tras el horizonte; la luz diurna se extinguía rápidamente.

—¡Allan! ¡Le he preguntado por los cinco millones de libras del West Bank! —gritó Benedith, esforzándose en acomodarse al rápido paso de su acompañante.

Delaney no se detuvo hasta llegar a la cima de la colina. Abajo, en la ladera, los albañiles habían recogido sus herramientas y las cargaban en una pequeña furgoneta. Poody y Charlie Gillman se estaban lavando en una palangana de plástico.

—¿No va a contestar? —insistió Jim, jadeante.

Allan se volvió hacia él, tan fresco como un muchacho.

—Por su culpa, Poody y Charlie han tenido que cargar con mi contribución en el trabajo en común que nos hemos marcado para terminar mi casa cuanto antes —respondió Goodguy, sin perder el humor—. Creo que ya es bastante por hoy. Medite, reflexione, busque las pruebas que le harán falta para encerrarnos. Pero creo que haría mejor en dirigir su atención hacia esa víbora llamada Duddy Thayer. Dése una vuelta por Soho. Hay una taberna llamada The Yellow Rat (1)... Es posible que Thayer no ande muy lejos..., ¡él también es una rata, aunque no sabría decir de qué color!

Benedith le aferró por un brazo.

—Allan, necesito hablar con usted, sin prisas..., ¿cuándo podré verle? —suplicó.

—Mañana es sábado, ¿no? —consultó su reloj de pulsera—. Es un buen día de venta para nuestro negocio de automóviles. Cada uno de nosotros se turna para atender el negocio los sábados y domingos. Vaya a verme. Si estoy de buen humor... hablaremos.

CAPITULO VIII

Esa misma noche, una brigada de agentes de Scotland Yard rodeó discretamente una manzana de casas en lo más profundo del Soho.

Los policías fueron llegando uno a uno, vestidos de paisano o disfrazados, y fueron tomando posiciones en las proximidades de la taberna The Yellow Rat.

A las diez de la noche, el establecimiento estaba muy concurrido. La clientela estaba compuesta principalmente por prostitutas de cierta edad, rateros, vendedores de haschís, borrachines y marineros.

La taberna ocupaba la planta baja de un edificio de tres plantas, fachada estrecha y sucia. No había a la vista más entrada que la propia puerta de la taberna, constituida por dos hojas acristaladas. Los cristales estaban llenos de vaho y tan pringosos que apenas podía verse lo que ocurría dentro.

A las diez y cuarto, cuatro policías se habían mezclado con la clientela sin despertar sospechas.

A las diez treinta, Jim Benedith hizo la señal convenida y penetró en la taberna. La gente prorrumpió en exclamaciones y chillidos cuando comprendieron que se trataba de una redada.

Pero a Benedith no le interesaban aquellos infelices aficionados al alcohol y a las dudosas aventuras eróticas nocturnas, sino alguien más importante y escurridizo: Rudolph Thayer.

Por eso, dejó a sus agentes que cacheasen e identificasen a los parroquianos mientras él y otros dos hombres registraban las habitaciones interiores. Nada encontraron en la planta baja, pero sí vieron una escalera húmeda y mohosa que llevaba a las plantas superiores.

En el primer piso encontraron a tres parejas que ocupaban otras tantas habitaciones tan sucias y malolientes como pocilgas. Una vez registradas aquellas habitaciones, los policías volvieron al pasillo sin molestar a sus ocupantes.

Fue en el segundo piso donde encontraron una habitación más cuidada, con algunos muebles en buen estado, un frigorífico bien abastecido y una cama con ropa limpia.

Benedith supo en seguida que Thayer había estado allí: el ambiente estaba impregnado de olor característico de los cigarrillos negros Partagás, que el contrabandista solía consumir.

Registraron minuciosamente todo lo que estaba a su alcance. El ropero estaba vacío y la mesilla de noche sólo contenía un periódico viejo y arrugado, que Benedith examinó un momento para volverlo a dejar en su sitio.

Se volvía, desalentado, cuando vio aquel bloc de dibujo en la mesa próxima a la ventana. En una de sus páginas, Thayer había esbozado un retrato a bolígrafo. Aunque no estaba terminado, podía reconocerse fácilmente las facciones de Allan Delaney. Thayer había completado aquel dibujo con un aditamento macabro: una soga apretada alrededor del cuello de Delaney.

Benedith pensó si Thayer se habría olvidado aquel bloc o... lo había dejado a propósito para indicar ostentosamente que pensaba asesinar a Goodguy...

Los policías llevaron a cabo un registro meticuloso y metódico, que incluyó los tejados. Finalmente, hubieron de rendirse a la evidencia: Thayer había huido.

Naturalmente, se interrogó al dueño de la taberna e incluso se le llegó a amenazar con clausurar su equívoco negocio. El hombre, un individuo llamado Blooman, se empeñó en repetir la misma declaración: había alquilado aquel cuarto a un hombre que dijo llamarse Brown. Llevaba dos semanas viviendo allí y nunca le había causado problemas.

—Por otra parte, me pagaba por anticipado las tres libras diarias del alquiler. Esta tarde, sin previo aviso, se despidió. Llevaba su maleta en la mano, y me dijo que tenía que hacer un viaje urgente. «Buen viaje», le dije. Y eso es todo.

No pudieron sacarle una palabra más. Benedith supuso que el hombre decía la verdad.

El motivo de la precipitada huida de Thayer podía obedecer, sencillamente, a su estrategia de cambiar de domicilio cada dos o tres semanas, *modus operandi* de numerosos delincuentes cuando se saben perseguidos por la policía.

Con su conocida terquedad, Benedith no se decepcionó. Por el contrario, se sentía satisfecho en cierto modo: ahora sabía que Ruddy Thayer permanecía en Londres. Confiaba en que, estableciendo una vigilancia continua alrededor del Soho y sus inmediaciones, Thayer sería capturado más pronto o más tarde.

Aquella noche, Benedith tardó mucho en conciliar el sueño. Se levantó temprano y, a pesar de que no tenía pendiente ningún caso urgente, se trasladó a New Scotland Yard. Durante toda la mañana se dedicó febrilmente a repasar y examinar varios expedientes, entre los que se encontraban los relativos al robo al West Bank y la trampa-escaramuza tendida a Thayer y sus socios en la carretera de Bristol.

Almorzó en un bar y esperó, impaciente, a que llegara la tarde. A las seis en punto se dirigió a Wood Green, ansioso por seguir interrogando a Goodguy Delaney.

De alguna forma, el inspector era consciente de que Delaney le

estaba manejando a su antojo. Ciertamente que había confesado muchas cosas que Benedith ignoraba, pero la verdad es que aquella confesión valía tanto como papel mojado.

De momento, a Jim únicamente le interesaba que Allan hablase y hablase. Tal vez, sin proponérselo, dijese algo que permitiera a Benedith llevarle a un callejón sin salida.

Poco después de las seis y media llegaba al negocio de compra-venta de automóviles de ocasión. Dejó el coche en la explanada anterior y penetró en el recinto.

No encontró a Delaney, sino a su socio, el ingeniero Charles Gillman. El pelirrojo y corpulento individuo le dirigió una mirada indefinible desde detrás de la mesa metálica del pequeño despacho anexo a la exposición de automóviles.

—¿Delaney? —preguntó el inspector, después de pronunciar un saludo que Gillman no se molestó en contestar.

—No vendrá... en muchos días. Y aún puede sentirse satisfecho con haber escapado con vida —pronunció el pelirrojo secamente.

Benedith se alarmó.

—¿Un accidente?

—No. Le ametrallaron cuando se dirigía hacia aquí, poco después del mediodía. Su coche se salió de la carretera y dio varias vueltas de campana. Le dispararon desde una vieja furgoneta gris, según el testimonio de las personas que recogieron a Allan. Al parecer, su estado no es grave —explicó Gillman.

Benedith se movió, nervioso.

—¿Adónde le han llevado? —preguntó desde la puerta.

—¿Para qué quiere saberlo? ¿Es que tampoco le va a dejar tranquilo en el hospital, malherido? —exclamó el ingeniero, violento.

—No pienso molestarle. Sólo interesarme por su salud —respondió el policía.

Gillman vaciló.

—Está bien, se lo diré: se encuentra hospitalizado en el North Hospital, de Hoxton.

Jim le dio las gracias y salió.

Al otro lado de la verja del cementerio de automóviles próximo vio un automóvil completamente abollado: reconoció sin esfuerzo el Jaguar color guinda de Allan Delaney. El automóvil había quedado absolutamente inservible.

En Hoxton tuvo que mostrar su carnet profesional para que le permitieran subir a la habitación que Allan Delaney ocupaba en la segunda planta.

Delante de la puerta, golpeó discretamente, esperó unos segundos y entró.

Sorprendió a Penny Hastings besando a Delaney en los labios con fogoso apasionamiento. La muchacha se separó violentamente del hombre y enrojeció.

—¡Oiga! —chilló—. ¿Quién le ha dado...?

—Déjale, Penny. Es un amigo —dijo suavemente Allan.

Cerró la puerta a su espalda y se aproximó al lecho tímidamente. El aspecto de Goodguy Delaney no podía ser más dramático: una venda ensangrentada rodeaba su frente, mostraba parte del rostro lleno de tafetanes y el brazo derecho escayolado. Por encima de la venda de la frente aparecían, ensangrentados, sus cabellos castaños.

—¿Qué tal se encuentra, Allan? —preguntó Benedith. Y sonrió débilmente.

—Mucho mejor de lo que sería de esperar —Goodguy inició una sonrisa que se transformó en una mueca, pues su labio inferior estaba partido—. No se fie de mi aparatoso aspecto exterior. La verdad es que he salido bien librado. El balazo sólo me rozó el cráneo y la herida en sedal es más encandolosa que grave. Por desgracia, me partí el brazo derecho al ser despedido fuera del coche.

—¿Thayer? —preguntó Jim.

—Es lo que sospecho, aunque no pude verle, pues todo sucedió en escasos segundos. Había una furgoneta gris estacionada en el arcén, en dirección opuesta a la que yo llevaba. Le había echado una ojeada distraída cuando escuché las detonaciones. Giré el volante a la derecha instintivamente y supongo que aquel movimiento me libró de recibir una verdadera ráfaga de metrallera. Perdí el control del vehículo al recibir el refregón de la bala. El coche volcó y yo debí caer... Volví en mí poco después: unos jóvenes motociclistas que iban de excursión me recogieron y auxiliaron. Uno de ellos fue a telefonear y consiguió una ambulancia, que me trajo aquí. Bueno, puedo darme por satisfecho. El médico que me atendió dijo que si la bala que me rozó hubiera desviado unos milímetros, no podría contarle —narró Delaney.

—Lo lamento —murmuró Benedith. Y se sentía interiormente compungido. Miró a Penny, que contemplaba a Goodguy con apasionado interés, y comprendió que estaba sobrando allí.

De modo que informó sumariamente a Delaney de los incidentes de la noche anterior en el Soho y añadió:

—No les molestaré más. Espero que se recupere en seguida. Vendré a verle... si no tiene inconveniente. No, no tema, Allan: no insistiré en nuestra anterior conversación, por el momento. Voy a disponer que la policía vigile su habitación hasta que sea dado de

alta. Entretanto, intentaremos encontrar al autor del atentado — prometió.

La furgoneta gris fue encontrada aquella misma noche en Limehouse. Una grúa de Scotland Yard la remolcó hasta uno de los cuarteles de los servicios policiales, donde los expertos en huellas la examinaron escrupulosamente por espacio de dos horas.

—No hay una sola huella —fue el informe que Benedith recibió muy cerca de la medianoche—. Alguien se ocupó de borrarlas escrupulosamente.

El vehículo había sido robado del mercado de Old Market aquella misma mañana, según la denuncia registrada en una de las comisarías de distrito londinenses.

Pero a la mañana siguiente, antes de salir de casa, recibió una llamada urgente desde el Yard. La persona que hablaba era el sargento Thompson, que había permanecido de guardia desde la noche anterior.

—Thayer recibió de madrugada un balazo en el muslo —fue la sorprendente noticia—. Trataba de robar un automóvil de un aparcamiento subterráneo situado en Barbican. El vigilante, armado, disparó contra él cuando el ladrón desoyó la orden de detenerse. Dejando un reguero de sangre tras él, logró escapar a la calle. Pocos minutos después de recibirse esta denuncia,, el médico de guardia de un puesto de socorro localizado en Klerkenwell, advirtió por teléfono que había extraído, bajo amenazas, una bala alojada en el muslo de un individuo cuya descripción coincide igualmente con la de Ruddy Thayer. Después de ser curado, se dio a la fuga.

Sin detenerse a desayunar, el inspector Benedith se trasladó al Yard, desde donde estudió la situación y montó un servicio urgente para obtener la captura de Rudolph Thayer.

Según el doctor Myers, médico de guardia en el puesto de socorro de guardia en Klerkenwell, la herida de Thayer era grave.

—Se le había alojado muy cerca de la ingle y sangraba profusamente, pero aquel individuo no se prestó a ser trasladado al hospital, para que le fuera practicada una transfusión, que yo juzgué necesaria y urgente. Por el contrario, me encañonó con una pistola-ametralladora de proporciones reducidas, una de esas «M-10» que han puesto de moda los terroristas, y me obligó a terminar la cura con urgencia. Le inyecté un coagulógeno, le puse una venda y se marchó apresuradamente. La inyección no había hecho aún su efecto y la pernera del pantalón se le empapó de sangre. Algunas gotas cayeron al suelo antes de que desapareciera él —testimonio el doctor Myers.

Sobre esta base, Benedith decidió registrar el distrito en Klerkenwell y las zonas limítrofes. Teniendo en cuenta que Thayer no había conseguido robar el vehículo que se proponía, debilitado y herido, era lógico pensar que no habría podido ir muy lejos, a pie.

Su razonamiento se demostró certero, pues a las nueve de la mañana dos agentes descubrían el rastro de Ruddolph Thayer en un invernadero de Spa Fields. Avisado por radio, Benedith se trasladó allí rápidamente.

Penetró en el recinto acristalado donde se criaban plantas tropicales y, guiado, por los agentes, llegó al rincón donde había encontrado una venda ensangrentada y un pequeño reguero de manchas de sangre.

Thayer se había cambiado el vendaje, completamente empapado de sangre. (Myers indicó que Thayer había robado tres vendas y un paquete de algodón hidrófilo.)

Había varias puntas de cigarrillo —diez—, lo que venía a indicar que el fugitivo herido había pasado en aquel refugio prácticamente toda la noche.

Hasta el mediodía, numerosos efectivos policiales permanecieron en la zona, registrando los edificios no habitados, establecimientos y solares. Por desgracia, sin el menor éxito: aunque herido, Rudolph Thayer había conseguido esfumarse.

Benedith se encolerizó, despotricó *in mente*, se desesperó. Pero su acceso de ira apenas duró unos minutos. Tesonero hasta el fin, policía hasta la médula, Benedith asimiló fácilmente aquel fracaso.

No iba a darse por vencido. Thayer caería un día.

Y también Goodguy Delaney y sus socios.

CAPITULO IX

—Ese tipo empieza a hartarme —murmuró Charlie Gillman, impaciente.

Allan se incorporó, dirigió la mirada a la colina y vio a Jim Benedith.

—Me pone nervioso —gruñó el pequeño Poody, tomando la brocha que Allan acababa de dejar atravesada sobre el bote de barniz—. Un día de éstos, le...

Goodguy lanzó una corta carcajada.

—Dejadle —dijo—. Benedith es inofensivo.

Se limpió los dedos de la mano izquierda en un trapo, pues acababa de barnizar con dicha mano una de las vigas que sustentarían el tejado de su chalet, y se alejó de sus compañeros, cuesta arriba.

Benedith se acercó a él, tímidamente.

Le observó con interés y comentó:

—Veo que su herida de la sien ha cicatrizado sin problemas. Lo celebro.

—Gracias, Jim. Dentro de quince días me quitarán la escayola del brazo derecho. Entonces habrá llegado el momento de que Penny y yo nos casemos —respondió Delaney. Y añadió—: Le aseguro, Jim, que Penny está impaciente. Lástima del accidente... Dígame, ¿encontraron a Thayer?

—No. Es un tipo muy escurridizo. Le he traído varias veces al alcance de la mano, pero lamentablemente se me escapó —se miró las punteras de los zapatos manchados de barro y dijo—: Tal vez... Tal vez cuando logre interrogar a Rudolph Thayer pueda saber tantas cosas que todavía ignoro.

Allan rió alegremente.

—¿Se refiere al robo del West Bank? ¡Oh, no, inspector! Thayer no tiene ni idea del asunto. Por supuesto, sabe que lo hicimos nosotros: de ahí su interés en vengarse de mí —estudió especulativamente la expresión del policía y pronunció—: En definitiva, ¿qué es lo que le interesa saber?

Jim se recostó sobre el tronco de un pino, se estudió las uñas de la mano derecha y las frotó sobre su chaqueta de ante.

—Varias cosas —repuso—. Pero principalmente el medio que utilizaron para salir de Castlemoor y volver y... el paradero actual de cinco millones de libras esterlinas.

Allan se inclinó, tomó un verde tallo y se lo llevó a la boca.

—Usted está equivocado, Jim. Desde el principio estableció que nosotros habíamos robado esos cinco millones, pero no es cierto —declaró.

El policía se agitó, impaciente.

—¡Vamos, no se burle, Allan! —estalló.

—Le juro que ninguno de nosotros tres tenemos un solo penique de ese dinero. Ya le dije que lo que nos interesaba eran las cinco cajas de caudales alquiladas por Thayer y sus cuatro socios. Entre Poody y Charlie construyeron un juego de finísimas ganzúas que nos permitieron abrir, sin forzarlos, esos cofres. Desde luego, tomamos algún dinero, las bolsas de cocaína y una bolsita de ante que contenía novecientas esmeraldas de tamaño mediano. No eran las mejores, pero al menos recobré una parte considerable de lo que Thayer me robó.

—¿Cómo... llegaron hasta allí?

—Dispusimos de muchas horas para estudiar la distribución de las dependencias del banco —confesó Delaney—. Exactamente desde poco después de las doce de la noche hasta las seis y media de la mañana, que emprendimos el regreso a Castlemoor.

—Pero ¿cómo lograron entrar? —saltó Benedith, inquieto.

Delaney sonrió enigmáticamente.

—No voy a explicárselo..., al menos por ahora.

—Está bien. Siga con lo que me estaba diciendo —replicó Jim, conformista.

—Pues... en seguida calculamos que la cámara acorazada caía bajo el despacho A-once. Poody nos franqueó la puerta, cerramos después y, tras hacer unas mediciones, nos pusimos a perforar el piso.

—¿Cómo?

—Con un taladro eléctrico y brocas especiales para hormigón. Para atacar el metal de la cámara acorazada, tuvimos que emplear un soplete de oxi-corte. Naturalmente, disponíamos de dos pequeños balones de hidrógeno y oxígeno. No era un trabajo fácil, por eso abrimos el agujero justo para que... a través de él pudiese deslizarse Poody Jackson.

—¡Lo que siempre imaginé! —exclamó Benedith, triunfal.

—Sí. Es usted un buen profesional, que posee excelentes dotes de deducción.

—Hay algo que me tiene profundamente intrigado —le interrumpió el inspector—. Las colillas. Encontramos siete. De cigarrillos negros, Condados. Fue una de las pistas que me impulsó a suponer que usted, Allan, andaba tras el asunto. Lo que me causó gran sorpresa fue que aquellos cigarrillos apenas estaban empezados...

Delaney rió, regocijado.

—Fue mi maldito orgullo —confesó—. Aunque no estaba dispuesto a cargar con la responsabilidad del robo, me fue

imposible sustraerme a la tentación de dejar una de mis «marcas de fábrica», como usted las llama.

Jim se llevó las manos a la cabeza.

—¡O está usted loco o... es un terrible guasón! —exclamó—. Pero siga, por favor.

—Hay poco que añadir. Descolgamos a Poody, que tardó algo más de dos horas en desvalijar las cajas. Una de las colillas cayó dentro, por cierto —declaró Allan, irónico.

—¿No tuvieron miedo en ningún momento de que el vigilante les sorprendiese? Había uno y estaba armado...

—Perrini. Sordo como un tapia. Lo sé —respondió Goodguy, con aplomo.

—¿Otro «soplo»?

—Naturalmente. La misma persona que me hizo llegar la noticia de que Thayer y sus socios escondían la cocaína en las cajas de alquiler del West Bank, me «sopló» otros datos acerca del edificio y del vigilante nocturno. Supe que Perrini era sordo y que no solía moverse de su cuarto de la planta baja. No suponía ningún peligro para nosotros.

Benedith reflexionó sobre lo que acababa de oír.

—¿Quién le dio esos datos? —inquirió, al fin—. ¿Penny?

Delaney denegó rápidamente:

—¿Está loco? Penny es una muchacha intachable y está al margen de cualquiera de mis actividades anteriores... Digamos que fue un amigo. No pienso perjudicarlo.

—De acuerdo. Descartemos a Penny. Continúe.

—¿Qué más quiere que le diga? —se impacientó Goodguy—. Poody nos hizo llegar el botín a través de la cuerda por la que se había descolgado y más tarde le izamos hasta arriba.

—¿Y el dinero? ¿Los cinco millones de libras? —interrogó Jim, ávido.

Delaney se balanceó sobre sus largas piernas, con la mano izquierda apoyada en el brazo escayolado. Parecía muy divertido.

—Fue lo primero que llamó la atención de Poody. Se puso muy nervioso al ver tanto dinero junto, en billetes grandes —confesó.

—¿Y...? —jadeó el policía, impaciente.

—No le permití que nos enviase aquel dinero. Poody se burló de mí, me llamó estúpido, loco, escrupuloso y qué sé yo cuántas cosas más.

Benedith le miró, incrédulo.

—¿Va a decirme que no robaron los cinco millones de libras del West Bank? —gritó, con una vocecilla aguda que le salía en los momentos de gran indignación.

—Así es, aunque usted no quiere creerlo. Y es más: estoy

dispuesto a hacer un trato con usted respecto a esa fortuna —respondió Delaney, con absoluta serenidad.

—¿Qué clase de trato? —exclamó el inspector, al límite de la tensión nerviosa—. ¿Está dispuesto a devolver el dinero?

Allan se estaba divirtiendo mucho al comprobar la intensa ansiedad de que daba muestras el inspector Benedith.

También Jim era consciente de que Delaney estaba jugando con él como el ratón con el gato antes de clavarle sus zarpas. Y lo lamentable era que Benedith interpretaba el papel del ratón en aquel juego.

—No exactamente —respondió Goodguy, tras una estudiada pausa—. No puedo devolverlo, puesto que jamás lo tuve en mi poder, pero sí puedo darle indicaciones exactas para que usted lo encuentre.

—¡Usted se burla de mí, Allan! ¿Por qué iba a devolver una verdadera fortuna? —explotó Benedith—. ¡Ningún granuja haría algo semejante sin obtener una compensación suficiente!

Delaney le dejó hablar, desahogarse. Y cuando el inspector Benedith se mostró un poco más calmado, dijo:

—Tal vez yo soy otra clase de granuja, Jim. O quizá trato de obtener una compensación *suficiente*.

—¿Qué clase de compensación? —quiso saber Benedith, aunque por anticipado estaba dispuesto a no hacer concesión alguna a un delincuente como Goodguy Delaney.

—Veamos. Thayer supone una espina para mí y mis amigos, en las actuales circunstancias —explicó pacientemente—. Poody, Charlie y yo le hemos tomado* gusto a nuestra nueva vida. Tenemos un negocio honrado, que va viento en popa y disponemos de algún dinero disponible para hacer frente a cualquier eventualidad...

«Todos los granujas tienen suerte», pensó Benedith, exasperado.

—Confieso que nos sería sumamente fácil deshacernos de Thayer. Naturalmente, empleando medios violentos, ilícitos. Podríamos enviarle al fondo del Támesis, por ejemplo..., embutido en un bloque de hormigón de veinte toneladas...

A Benedith se le secó la garganta súbitamente.

—Pero no estamos dispuestos a librarnos de Thayer por este medio ni por otro semejante —continuó Allan, con lo que el inspector del Yard recobró el resuello.

—Bien. Dígame, en concreto, cuál es su propuesta —logró pronunciar Jim.

—Que nos libre definitivamente de ese canalla. Yo no tengo miedo, pero Penny está muerta de pánico desde que sufrí el atentado que usted conoce —declaró Delaney—. Mi chalet está a punto de terminarse, Penny está muy ilusionada con venir a vivir aquí, después

de nuestra boda, pero yo sé que ella no vivirá tranquila mientras Thayer siga suelto. Y, créame, la quiero demasiado como para exponerla a quedarse viuda poco después de casada. Penny es... Bueno, lo mejor del mundo, una muchacha noble, abnegada y pura. En realidad, si procuro mantenerme al margen de todo lo que signifique delito, lo hago sólo como homenaje a ella. ¿No le he dicho cómo la conocí, Jim?

Benedith parpadeó, sorprendido.

—No —respondió—. Y es curioso.

—Penny pertenece a la Cruz Roja. Es uno más de esos voluntarios que en los fines de semana prestan servicios desinteresados a la organización internacional —relató Delaney—. Pues bien, Penny llegó hace tres años a la penitenciaría de Castlemoor. Formaba parte de un equipo de sanitarios que recogían donaciones de sangre en centros dependientes del Estado, como cuarteles, ministerios o... prisiones. En realidad, hacían un viaje de rutina, pues los presos de Castlemoor no se mostraban muy generosos a la hora de prestarse a las donaciones de este tipo. Así fue cómo la conocí. Me ofrecí para dar mi sangre (me habían dicho que venían muchachas muy bonitas) y fue Penny la que rellenó mi ficha. Me regaló un encendedor a gas, barato, y una plaquita con mi tipo de sangre. El mechero lo regalaba la organización, pero la placa me la regaló ella, ¿comprende?

Benedith asintió.

—Imagino que a partir de ahí se presentó siempre a dar su sangre, cuando llegaba el equipo de la Cruz Roja —insinuó.

—Acierta. Y confieso que no lo hacía por altruismo, sino por ver a Penny. Seis meses después conseguí del director autorización para recibir las visitas de Penny. Venía dos veces por semana, puntualmente, y siempre me traía algún regalo. No puede figurarse, Jim. Penny fue para mí algo más que la esperanza. Cambié totalmente. Ella tenía confianza en mí. Una confianza ciega. «Todo será diferente cuando salgas», solía decirme. Y sus ojos resplandecían de gozo. ¿Cómo podía yo defraudarla? Me entregué totalmente a ella y le juré que no volvería a la cárcel...

—Y, sin embargo, hizo suficientes motivos para ello —puntualizó el policía—. Con toda premeditación, usted y sus socios cometieron un delito muy grave: el robo al West Bank...

Delaney dejó escapar un suspiro.

—Es muy complicado para mí explicarle esto, Jim, pero lo intentaré —dijo—. Verá, yo sabía que me iba a resultar difícil vivir honradamente en libertad. No tenía una

profesión definida y estaba fichado por la policía. Por otra parte, Penny no se merecía una existencia llena de estrecheces. La única forma de asegurar nuestro futuro era contar con una cantidad de dinero suficiente para montar un negocio, un modo de vida independiente, en el que nada tuviera que ver mi pasado, ¿comprende?

Benedith asintió instintivamente.

—Por otra parte, me resultaba muy difícil olvidar que yo estaba cumpliendo una condena de veinte años por culpa de Rudolph Thayer, esa sanguijuela. No sólo había arruinado mi vida, también me había robado. Cuando supe que Thayer había recibido veinte kilos de cocaína desde Sudamérica, estudié el asunto. Lo consolidé con Poody y con Gillman y ellos estuvieron de acuerdo. Trabajamos duramente en el asunto y... obtuvimos éxito. Ahora poseemos un negocio honesto, floreciente, que nos permite ver el porvenir con confianza...

—Es posible. Pero lo han logrado a través de un camino éticamente reprobable —puntualizó Benedith, que nunca podía olvidar su condición de policía.

Allan se rió francamente.

—Los granujas no entendemos de principios éticos, inspector —súbitamente sus facciones se tensaron en un rictus severo—. Para mí, para mis amigos, estamos en paz. Sólo Rudolph Thayer puede alterar el equilibrio en que vivimos. Y si es necesario...

De repente, Jim Benedith decidió que podía permitirse un detalle.

—No será necesario que recurran a la violencia —declaró—. Thayer es un delincuente peligroso y la policía debe encarcelarlo para velar por la seguridad de los ciudadanos.

—Supongo que, aunque con otras palabras, eso significa que está dispuesto a aceptar mi oferta —dijo Delaney.

Benedith se irguió. Su estatura era poco más o menos la de Delaney, pero ocupaba un nivel varios centímetros más elevado, lo que permitió que su cabeza sobresaliese por encima de la de Goodguy.

—Yo jamás podría establecer oscuros acuerdos con ex delincuentes —dijo con voz solemne, un tanto nasal—. Mi deber es luchar contra el crimen y los criminales, y por eso pondré todo mi interés en conseguir la detención de Thayer. Naturalmente, en lo que hace a esos cinco millones de libras... volveremos a hablar en cuanto Thayer haya caído en mis manos. Buenas tardes, Allan.

Se marchó, caminando rígidamente cuesta arriba hasta desaparecer tras la cima arbolada de la colina.

Al cabo, Allan descendió hasta el plano de las construcciones y

se reunió con sus amigos, dedicados afanosamente a la tarea de barnizar las cuadradas vigas.

—Lástima que se trate de un «poli» —murmuró, recogiendo la brocha—. Benedith hubiera sido un magnífico socio.

Poody se barrenó cómicamente la sien derecha con un dedo.

CAPITULO X

—¡Lo tengo, lo tengo! —gritó Jim Benedith.

Aída Benedith despertó sobresaltada, se incorporó de un brinco sobre el lecho y tanteó a oscuras hasta encontrar el interruptor de la luz.

Entonces se volvió a mirar a su esposo y le recriminó:

—Por amor de Dios, Jim..., ¡me has dado un susto de muerte!

Pero su esposo seguía impertérrito:

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo! ¡Ahora lo sé!

Aida se asustó. Durante los últimos meses, Jim no se había tomado un minuto de reposo. Parecía siempre obsesionado y había ido reduciendo las horas de su estancia en casa hasta el extremo de que últimamente apenas venía para dormir.

—¿Te sientes bien? ¿Has tenido una pesadilla? —preguntó, solícita.

Pero Jim la miró como a un bicho raro.

—¡Pesadilla! —exclamó, despectivo—. Estoy pensando, pensando..., y he descubierto lo que me tenía obsesionado. ¡Eso es todo!

—Tranquilízate. Iré a por un vaso de leche. Debes tomar un sedante.

—¡Al diablo con los sedantes! Por fin *lo sé*.

—¿Qué es lo que sabes? —exclamó Aida, temblorosa.

—¡Sé cómo lo hicieron! ¡Lo sé! —respondió el inspector, dominado por una intensa excitación. Y se arrojó fuera del lecho en pijama y corrió hacia el salón.

—¡Dios mío! —gritó Aida, temiendo por la salud mental de su esposo. Y saltó de la cama y le siguió.

James Benedith marcaba frenéticamente un número en el teléfono de la mesita situada junto al mueble- biblioteca.

Aida caminó silenciosa hasta él. Jim ni siquiera advirtió su presencia. Sus facciones estaban tensas y Aida temió por él. ¿Qué le ocurriría?

—¡Sí, sí, soy yo, señora Thompson! —gritaba el inspector Benedith—. ¿Cómo...? Desde luego, es urgente... ¿Qué? ¡Naturalmente que debe despertarlo!

—Jim... —murmuró Aida con suavidad, apoyando una mano en el brazo con que su marido sostenía el auricular del teléfono.

—Déjame —pidió él, sin dirigirle una mirada—. No me entretengas. ¡Es un asunto demasiado interesante!

Parecía muy nervioso y su cuerpo temblaba. Sumisa, Aida pegó su cuerpo al de Jim y esperó atenta.

Al fin, oyó el bronco bocinazo del sargento Thompson.

—¡Digaaa...! ¿Quién diablos...?

—¡Soy yo, Dave!

—Aaah, el inspector Benedith. Discúlpeme, no quería dar crédito a lo que me decía mi esposa. ¡Son las tres de la madrugada, inspector!

—¡Lo sé, lo sé! —respondió Jim, preso de la excitación—. Pero no podía esperar hasta mañana para hablar con usted. ¿Sabe una cosa...? ¡Por fin sé cómo lo hicieron!

Thompson respondió, malhumorado:

—¿*Quiénes* lo hicieron y *qué* hicieron?

—Pero, ¿no lo entiende, Dave? Me refiero a la fuga de Delaney, Jackson y Gillman de la penitenciaría de Castlemoor —insistió el inspector Benedith, trémulo.

Se oyó el silbido de la respiración de Thompson al otro lado del hilo telefónico.

—¡Ah, eso! —suspiró. Y su voz se tornó tremante—. ¿Y para eso me ha despertado a las tres de la madrugada, inspector?

—¡Naturalmente! No podía estar tranquilo sin compartir mi descubrimiento con alguien que, como usted, conoce perfectamente el caso —protestó Benedith.

—Está bien —se plegó disciplinadamente el somnoliento Thompson—. Dígame qué es lo que ha descubierto.

Jim hinchó su pecho de aire.

—El medio de que se valieron para escapar de Castlemoor —confesó, conteniendo la respiración—. ¿Recuerda lo que vimos en el almacén de materiales del taller de bolsos? ¡Cientos y cientos de piezas de finísima malla de nylon! Pues bien, he pensado en ello y he llegado a la conclusión que utilizaron ese material para construir..., ¿qué diría usted, Dave?

—Que tengo sueño —respondió Thompson con elemental sinceridad.

—¡¡Un globo!! —chilló Benedith tan estridentemente que su esposa respingó—. Un globo. Cosieron las piezas, impermeabilizaron la envoltura con liviana pintura plástica y... ¡volaron! Debieron hacerlo desde el tejado, naturalmente. He interrogado a varios meteorólogos y todos coinciden en sus respuestas: la madrugada del dieciocho de noviembre del año pasado extensos bancos de espesas nieblas invadieron todo el Sur de Londres. ¡Esa es la respuesta! ¡Se escaparon en globo!

Thompson murmuró algo ininteligible.

—¿Decía, Dave? —inquirió el inspector con ansiedad.

—Que a estas horas mi cerebro también está particularmente nublado, señor —respondió Thompson entre bostezo y bostezo—.

Trato de hacerme cargo de la situación, desde luego y se me ocurre plantearle una cuestión.

—¡Hable! —le incitó Benedith.

—Es posible que... construyeran ese globo y que... se elevasen en el aire..., que el viento les arrastrase lejos. Pero..., ¿puede usted explicarme qué clase de viento les empujó, de vuelta, a Castlemoor?

—¿De vuelta? —Jim cerró tan bruscamente la boca que se mordió la lengua. Al cabo, respondió, confuso—. No había pensado en la vuelta, Dave. ¿Tiene usted alguna idea al respecto, sargento?

Un gruñido precedió a las siguientes palabras de Thompson.

—Sí, una muy concreta, señor. Continuaremos esta conversación..., ¡de día! —respondió. Y colgó seguidamente.

Benedith miró a su esposa largamente. Luego se encogió de hombros, compungido, y murmuró:

—Lo del globo era una buena idea. Pero no pensé en el regreso. De todas formas seguiré pensando, ¡pensando!

Volvió al dormitorio conyugal, se introdujo en la cama y... se quedó dormido.

* * *

Había eludido encontrarse con Dave Thompson aquella mañana. Ahora, de día —como había dicho el sargento—, Jim Benedith tenía conciencia de su ridícula actuación de la noche anterior. Y aunque Thompson era su amigo, evitó verle.

A las doce repicó el timbre del teléfono.

—¿Jim? Soy Allan Delaney.

—¡Delaney! ¿Qué ocurre?

—Nada en particular. Pero acabo de recibir una visita singular: la de un agente de seguros.

—¿Qué quería?

—Nada, en concreto. Dijo que representaba a no sé qué compañía de seguros. Insinuó que su empresa cubría habitualmente los riesgos de robos y atracos del West Bank y...

—Muy interesante, Allan. Supongo que le propuso algo...

—Sólo después de media hora de rodeos verbales. Con medias palabras, me dio a entender que su compañía estaría dispuesta a entregar una prima del veinte por ciento de la cantidad robada al Banco. Es decir, un millón de libras esterlinas. No me negará que la oferta es tentadora.

—Desde luego —asintió Benedith—. Pero imagino que usted no...

—Claro que no. Y comprenderá mis motivos si no me

interrumpe a cada momento.

—Está bien. Hable.

—El agente de seguros dijo que yo, seguramente, conocería a ciertas personas. Dio a entender que conocía mi pasado y que había estado en Castlemoor. Luego, sutilmente, expuso su hipótesis de que, posiblemente, en las cajas de alquiler había algo «de gran valor, aunque se tratase de géneros un tanto comprometidos». Es decir, aludía veladamente a los depósitos de cocaína de Thayer y compañía.

—Sorprendente —murmuró Jim, sin poder contenerse.

—Sí. Este elegante caballero, que dijo llamarse Harold McCull, me dijo que uno de sus clientes estaba dispuesto a pagar esta mercancía «comprometida» a un precio razonable, aunque por debajo de su valor actual. En una palabra, y aunque no quiso comprometerse claramente, McCull me ofreció ochenta mil libras por la cocaína, que no sé por qué, imaginaba en mi poder. A lo largo de la conversación, la prima por los cinco millones pasó a un segundo lugar, para centrar el motivo principal en la «nieve». No me comprometí, aunque de forma discreta convencí a McCull de que el alijo estaba en mi poder, en lugar seguro.

—¿Quién es exactamente McCull?

—Exteriormente, un individuo de un metro setenta, elegante, delgado, cabellos grises, de voz untuosa y ademanes un tanto afeminados. Parecía un tipo experto en hacerse comprender con medias palabras.

—Comprendo. Me informaré de él inmediatamente, consultaré en el anuario de los profesionales del seguro, trataremos de...

—No es necesario que se moleste, Jim —le atajó Delaney—. Yo conozco bien a ese individuo, aunque él no me conozca a mí.

—¿Qué quiere decir?

—En principio, que no se llama Harold McCull, sino Dennis Laws Jones, un pícaro estafador que cursó la carrera de Derecho poco antes de que le metiesen en la cárcel por falsificar documentos oficiales. En resumen, es un buscavidas, un estafador, un bribón.

—Entonces..., ¿usted piensa que McCull..., es decir, Jones, no representa a ninguna compañía de seguros? —preguntó Benedith, estupefacto.

—¡Pues claro que no, hombre de Dios! —se impacientó Allan—. En primer lugar, ningún apoderado de una aseguradora descendería a hacerse cargo de... una mercancía «comprometida», para usar sus propias palabras. ¿No ha deducido aún la verdad, no imagina quién está detrás de ese embaucador conocido entre los granujas por Dennis Laws Jones?

—¿Thayer? —preguntó Benedith, conteniendo el aliento, sumamente interesado.

—¡Premio para el caballero! —exclamó Delaney, regocijado—. Pues bien, sí, eso es lo que pienso. Thayer ha enviado a Jones con el único objeto de tantearme.

Jim se tomó tiempo para reflexionar.

—Usted tiene alguna idea, Allan —pronunció, cauteloso.

—No le hubiera llamado si no la tuviera, es evidente. He pensado... que podíamos aprovechar la tarjeta que me ha dejado el falso McCull para... tender una trampa a Thayer —respondió Goodguy tranquilamente.

—Explíquese.

—Llamaré a McCull, es decir, a Laws Jones, diciéndole que estoy dispuesto a considerar su oferta respecto a la «mercancía comprometida». Después... no creo que sea difícil concertar una cita, que tendría lugar en nuestro negocio, en el mismo despacho donde me encuentro ahora mismo.

—Y yo podría estar presente —manifestó Benedith.

—Con eso contaba. Y con algo más: Thayer no pagará un centavo por la cocaína... de la que yo no dispongo. Pero esto último podría ser fácilmente resuelto por usted. Bastaría con disponer unos envases idénticos a los que usted conoce..., llenos de bicarbonato. Naturalmente, uno de ellos debe contener cocaína, pues Thayer no «picaría» en caso contrario. ¿Cree que podría ocuparse de ese aspecto de la operación?

—No lo sé. Debería contar con el superintendente. Pero supongo que él y Gladstone me darían facilidades, si se trata de capturar a Thayer... Sin embargo, hay algo que me inquieta.

—¿Qué?

—Usted, Allan. Aunque usted no lo crea, le tengo afecto.

—El sentimiento es recíproco, Jim, pero, por favor, no nos pongamos sentimentales. Yo estoy dispuesto a correr con la parte de riesgo que me corresponda. Sé a lo que me expongo. Thayer acudirá a Automóviles Delaney- Jackson-Gillman con la idea de recuperar sus veinte kilos de cocaína, pues él no sospechó que la policía estuviera involucrada en la emboscada de la carretera de Bristol, sino que debió imaginar que se trataba de compinches míos. Vendrá y querrá llevarse lo que considera suyo. Naturalmente, no se limitará a eso: tratará de tomarse la revancha conmigo. Pero usted estará aquí para protegerme.

Se produjo una pausa.

—Empieza a gustarme el plan, Allan. Y no se preocupe por su seguridad: yo me ocuparé de ello —dijo Jim Benedith—. Puede confiar en mí.

—Confío en usted..., pero no en Rudolps Thayer. Es un individuo peligroso. No sólo carece de escrúpulos, sino que siempre ha demostrado una frialdad impropia de un ser humano. Además, es sumamente astuto... Siempre tratará de guardar una carta en la manga —explicó Delaney—. Supongo que vigila este negocio constantemente, por tanto, si queremos tener éxito hemos de convencerle de que no corre peligro viniendo aquí. Sé que va a ser muy dificultoso, pero no imposible. Tenemos que hablar despacio de este asunto, inspector. Le aseguro que he conocido a pocos individuos tan peligrosos como Rudolph Thayer. Es... lo más parecido a una serpiente venenosa.

—No importa..., con tal de que tengamos tiempo suficiente para construir nuestra «puesta en escena». De todas formas, Scotland Yard cuenta con millares de personas dedicadas a la represión del crimen, hombres inteligentes, que nos pueden ayudar mucho. Contamos con verdaderos expertos para cualquier situación dada... Dígame, Allan, ¿qué fecha le parece más apropiada para... concertar esa cita?

La respuesta de Delaney se demoró unos minutos.

—Puesto que hoy es martes, creo que... Sí, el sábado es la fecha. El médico me ha dado de alta, después de hacerme una radiografía del brazo derecho. Como Poody y Gillman han estado ocupándose de la venta de automóviles durante las últimas semanas, es lógico que yo esté de servicio el sábado. Creo que hay tiempo suficiente.

—Eso espero —respondió Jim Benedith. Y dejó escapar un suspiro estrangulado.

CAPITULO XI

Sábado por la noche en Wood Green.

A las nueve circulaban ya pocos automóviles por la zona norte de la autopista de circunvalación. Sobre la iluminación de las lámparas que expandían una fantasmal luz anaranjada resultaba el enorme anuncio Automóviles de ocasión. Delaney, Jackson & Gillman.

Allan esperaba, impaciente, en su cabina acristalada.

Desde las seis de la tarde había gestionado la venta de cinco automóviles usados. Pero luego había empezado a llover y la afluencia de visitantes había disminuido hasta cesar prácticamente hacia las nueve.

De vez en cuando, una voz brotaba del armario-ropero metálico situado en el rincón de la izquierda.

—¿Alguna novedad, Allan?

—Ninguna, inspector —respondía Delaney, sin volver la cabeza.

Jim Benedith empezaba a impacientarse. Le dolían las rodillas, le hormigueaban las plantas de los pies, se sentía dominado por frecuentes calambres debidos a la prolongada inmovilidad.

Llevaba doce horas encerrado en aquel angosto habitáculo, con breves y rápidas salidas para ir al retrete y, de paso, fumar un cigarrillo.

Había comido un par de bocadillos y bebido otras tantas cervezas, pero ahora se sentía al borde de su resistencia.

Y lo peor para él era considerar que quizá, por desgracia, todo aquel esfuerzo resultara vano.

Además, para que su llegada aquella mañana pasara desapercibida para cualquier observador, se había visto obligado a escalar la tapia posterior de bloques de cemento, arrastrarse entre montones de chatarra que habían desgarrado los bajos de sus pantalones y llegar subrepticamente a la oficina por la puerta de los servicios.

Debía permanecer dentro del armario-ropero con las rodillas flexionadas, pues de otra forma no cabía, con la espalda constreñida y ladeada... Además, no podía fumar allí dentro, a pesar de su deseo ansioso de hacerlo, pues el humo le hubiera ahogado.

Los minutos pasaban lentamente. Desesperado, Benedith estaba a punto de dar por terminada aquella horrible situación.

Por el contrario, Allan —a quien podía ver a través de los agujeros de respiración taladrados en la plancha metálica— parecía completamente tranquilo. Repasaba las cartulinas de un

fichero, realizaba algunos cálculos en una pequeña calculadora de bolsillo, fumaba un cigarrillo, tarareaba entre dientes..., ajeno, al parecer, a la difícil situación del policía, que sentía su cuerpo absolutamente envarado y frío.

«Sólo hasta las nueve y media —se propuso Benedith—. Media hora más y enviaré este asunto al diablo.»

La oficina y el garaje-exposición anexos estaban en silencio. Jim podía escuchar perfectamente el tictac de su reloj de pulsera.

De repente, se oyeron unos pasos.

Jim se irguió con cautela y atisbo a través de los agujeros.

—Alguien se acerca —susurró Allan, sin levantar su mirada de la calculadora.

Utilizando el pasillo central que dejaban libres las hileras de automóviles alineados en el garaje, avanzaba un individuo que vestía un traje oscuro.

Cuando llegó bajo un de los tubos fluorescentes que iluminaban el garaje, Benedith comprobó que se tratad de un clérigo, al reconocer el *clergyman* negro que vestía.

—¿Le reconoce? —susurró Benedith.

—Sí —respondió Delaney en el mismo tono—. No se preocupe. Debe tratarse del padre Sheridan, el sacerdote católico de Saint Francis. Está ilusionado con la compra de un Ford-Taunus. Seguramente se ha decidido a adquirirlo, aunque porfiará conmigo hasta obtener una rebaja.

Cuando el padre Sheridan se acercó a la cabina, Benedith observó que se trataba de un individuo alto y desgarrado que cojeaba ligeramente de la pierna derecha. Usaba gafas de gruesos cristales propios de un miope y llevaba un pequeño sombrero de fieltro, negro, que le venía grotescamente ancho, por lo que se le colaba hasta las orejas.

El padre Sheridan golpeó discretamente con los nudillos en la puerta de cristal y Jim oyó la voz de Delaney invitándole a pasar.

—Adelante, padre.

Goodguy se puso en pie detrás de la mesa y murmuró:

—Pero usted..., ¡usted no es el padre Sheridan!

Benedith respingó dentro de su escondite. ¡La visita que tanto habían esperado acababa de llegar!

Entretanto, el «padre» Sheridan había desabrochado los botones de su *clergyman* y encañonaba a Delaney con una pistola ametralladora, precisamente una pequeña, pero mortífera M-10.

—Siéntate, Delaney —ordenó con voz áspera. Y Allan obedeció.

—¿Qué significa esto? —gruñó Goodguy con voz innecesariamente alta—. El trato con McCull fue...

El recién llegado acababa de ocupar una silla al otro lado de la

mesa. Lentamente, se libró de las gafas de miope y... Benedith reconoció las facciones angulosas de Rudolph Thayer.

—Ya era hora de que volviéramos a vernos —pronunció Thayer. Y fue directo al grano—. ¿Dónde está la «nieve»?

—Aquí, en los cajones de esta mesa. Pero no pienso entregarte el alijo si no cumples con tu parte del acuerdo: ochenta mil libras —puntualizó Delaney—. No me importa que estés apuntándome con esa metralleta. Mis socios están a punto de llegar. Si disparas, Thayer, no podrás salir vivo de aquí.

Thayer sonrió con frialdad.

—Claro que me entregarás ese alijo. Es mío. Te mataré, si es necesario. En realidad, tú y yo tenemos una cuenta pendiente.

—¿Una cuenta pendiente? Asesinaste a aquel pobre empleado, Perrini, me involucraste en un asesinato, me arruinaste... ¿Y dices que no estamos en paz?

Thayer rompió en una carcajada desagradable, que nada tenía de alegre.

—Maté a Perrini porque me interesaba... Pero Perrini no era el primero. Y supongo que tampoco tú serás el último, Goodguy. Compréndelo, para llegar a lo más alto, es preciso carecer de escrúpulos. No voy a detenerme por una muerte más o menos.

—Eres un criminal nato, ahora lo sé —pronunció Delaney con increíble sangre fría—. Pero no pienso convertirme en tu cómplice. No te daré voluntariamente la cocaína.

—En tal caso...

La puerta del armario se abrió violentamente y Benedith saltó fuera. Por encima del hombro izquierdo de Delaney, encañonó con su revólver a Thayer.

—Suelta el arma —ordenó con voz tensa, decidido a disparar si Thayer se resistía.

No fue necesario. Aprovechándose de la instantánea indecisión de Thayer, Delaney empujó violentamente la mesa contra él.

Thayer cayó al suelo y quedó atrapado bajo el pesado mueble. Su mano derecha se alargaba desesperadamente hacia la M-10, que había caído a treinta centímetros de sus dedos, cuando Benedith apartó el arma de una patada.

Delaney, apoyado con todo su peso sobre la mesa, mantuvo inmovilizado al asesino, que gimió entre dientes.

En breves minutos, Thayer se vio esposado con las manos a la espalda y sentado violentamente en una silla.

—¡Se acabó! —exclamó Benedith, jadeante, pero satisfecho de haber aguantado pacientemente aquella media hora más dentro del armario-ropero.

Thayer rió, cínico.

—¿Se acabó? —exclamó—. Sí, supongo que todo se acabó... para Penny Hastings.

Delaney palideció.

—¿Crees que vas a engañarme? Aún no hace dos horas que Penny me llamó desde su casa de Pimlico —dijo.

—Alderney Street, número 12, segundo piso, apartamento C —pronunció Thayer, inexpresivo—. En efecto, hace dos horas, Penny estaba allí. Pero ya no está. Si quieres comprobarlo, sólo tienes que marcar su número de teléfono. ¡Hazlo!

Galvanizado por la orden del asesino, Allan descolgó el teléfono y marcó apresuradamente el teléfono de Penny.

A través del hilo llegó la llamada largamente repetida, pero nadie tomó el aparato en el apartamento C del número 12 de Alderney Street.

Impulsivamente, Allan colgó el aparato y se lanzó sobre Thayer.

—¡Canalla, maldita sabandija! ¡Si le has hecho el menor daño a Penny...! —gritó, fuera de sí.

Benedith tuvo que intervenir, pues Delaney estaba a punto de estrangular a Thayer.

—Calma —le recomendó—. Vigílale, voy a avisar a mis hombres.

Abandonó la cabina, atravesó el garaje y pulsó cuatro veces el interruptor del anuncio luminoso exterior. Apenas transcurrieron dos minutos antes de que un gran automóvil oscuro se detuviera ante el edificio.

El sargento Thompson bajó de un salto.

—¿Qué...? —empezó a decir, pero Jim le atajó.

—Tenemos a Thayer. Ha confesado que mató a Perrini. Pero nos encontramos con una desagradable complicación: al parecer, Thayer ha secuestrado a la novia de Delaney, la señorita Penny Hastings. Antes de dar un paso en falso, me gustaría comprobar si Thayer tiene en su poder a Penny o... se trata de una baladronada motivada por su desesperación.

Thompson parpadeó, nervioso.

—Comprendo. ¿Cuál es su plan? —indagó.

—Comunicarme por radio con el Yard y enviar urgentemente un coche con algunos agentes a Alderney Street. Es el apartamento C del número 12 de esa calle. Quiero estar seguro de que Thayer oculta su as debajo de la manga —explicó Benedith.

Quince minutos después se reunía con Allan Delaney en la oficina acristalada.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó Goodguy, con frenética ansiedad.

Benedith inclinó la cabeza sobre el pecho y señaló al prisionero,

que les observaba desde un extremo de la estancia con reconcentrada atención.

—Parece que Thayer decía la verdad —confesó—. Tres agentes del Yard se han trasladado al apartamento de Penny... —Jim tragó saliva, disgustado—. La puerta estaba abierta y los muebles volcados. Había, también, una taza de té, mediada... El contenido del bolso de Penny aparecía desparramado a lo largo del pasillo.

Allan dirigió al prisionero una mirada iracunda.

—¡Thayer! —gritó, descompuesto—. ¡Si Penny sufre el menor daño...!

Benedith tuvo que sujetarle con fuerza cuando Delaney, perdidos los nervios, se lanzaba sobre el esposado Thayer.

—Vamos, vamos, Allan. No me conoces bien —intentó tranquilizarle—. Este hombre confesará dónde tiene a Penny, estoy seguro de ello. O...

La carcajada de Thayer le interrumpió.

—¿Y si Penny estuviera... muerta... ya? —preguntó, con un brillo maligno en los ojos acuosos.

Por fortuna, Thompson y otros dos policías penetraron en aquel momento en la oficina, pues, en caso contrario, Benedith se hubiera visto en apuros para sujetar a aquel hombre, convertido en puro nervio, que pugnaba por tomarse la revancha en el impotente Thayer.

Cuando Dave Thompson y los dos policías del Yard lograron apartar a Delaney hasta el rincón opuesto, Benedith se acercó al prisionero, le miró fijamente y dijo:

—No puedo prometerle nada, Thayer. Sus responsabilidades criminales son gravísimas, de modo que para qué vamos a engañarnos. Pero su situación podría verse aliviada si no entorpece nuestra investigación. ¡Vamos! ¿Dónde está Penny Hastings?

Thayer hinchó de aire su escuálido pecho y, de improviso, escupió a los pies del inspector Benedith.

—No sea ingenuo, inspector —gruñó—. La vida de Penny Hastings responde por la mía. Ya sé..., me tendieron una trampa, entre usted y ese granuja de Goodguy. Pero si cree que me tiene en sus manos, se equivoca. ¡Yo tengo a Penny... y ustedes tendrán que sudar sangre para encontrarla! —gritó, ferozmente.

—¿Dónde está, dónde la tiene? —preguntó Benedith, violentándose para no golpear a aquel canalla.

—¡Usted debe ser idiota, inspector Benedith! —se burló Thayer—. Penny Hastings es mi seguridad, ¿no acaba de entenderlo? Si yo le dijera dónde está esa bella jovencita, estaría perdido... Sin embargo, estoy dispuesto a negociar.

Benedith dirigió una fugaz mirada a Allan Delaney, que se debatía entre los brazos de Thompson y dos forzudos agentes del Yard.

Sólo le llevó unos segundos de rápida reflexión: la vida de una persona inocente como Penny valía más que la captura de aquel indeseable criminal.

—Hable —sugirió.

—Es sencillo: quíteme la esposas y déjeme marchar. Mis socios liberarán a Penny en cuanto me vean salir, libre, por esa puerta. Son las instrucciones que tienen.

—Está bien —asintió el inspector con una lenta y fatigosa cabezada—. Voy a dejarle ir. Pero si no cumple...

Le sorprendió el alarido de Allan Delaney.

—¡Nooo! —gritó—. ¡No puede dejarle ir! ¡En cuanto...!

A una señal de Benedith, Thompson y sus hombres dejaron libre a Goodguy.

—No podemos negociar con este tipo —pronunció Allan, jadeante—. Le conozco... Le conozco bien. No dudaría en permitir que Penny fuera asesinada... Lo mejor es... mantenerle arrestado. El acaba de decirlo: su vida responde por la de Penny.

CAPITULO XII

Benedith separó sus dedos de las solapas del *clergyman* que vestía Thayer. Inconscientemente, acarició la tersa y suave tela, incluso rozó con las yemas de los dedos la flexible tirilla blanca del cuello...

—¡Lo tengo, lo tengo! —exclamó, excitado.

Al verle tan agitado, todos le miraron con extrañeza.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó Allan, confuso.

Pero Jim Benedith abrió la puerta de un empujón, se volvió bruscamente y gritó:

—¡Esperen! ¡Esperen aquí! —y añadió—. ¡Tengan cuidado con Thayer!

Y escapó a la carrera, antes de que Thompson y los demás, estupefactos, pudieran reaccionar.

En el exterior, se oyó el chirrido estridente de unos neumáticos. Luego, todo quedó en silencio.

Eran las diez menos veinte. Nervioso, Delaney —a quien el sargento Thompson vigilaba discretamente— encendió un cigarrillo y paseó de un extremo a otro del despacho.

—Está loco —le oyó murmurar, entre dientes, Thompson—. Poody tenía razón.

Faltaban cinco minutos para las diez, cuando advirtieron el destello de unos intermitentes a través de la ancha entrada al garaje.

Y luego..., ¡una voz femenina!

Pasmados de asombro, los cinco hombres que permanecían en la cabina acristalada, vieron avanzar por el pasillo del garaje al inspector Benedith, seguido de... ¡Penny Hastings!

Allan se precipitó a la puerta, la abrió y corrió hacia ellos.

—¡Penny! —gritó, incrédulo.

Jim Benedith dejó a la muchacha en brazos de Delaney y penetró en la oficina.

Hinchó los pulmones de aire y miró fijamente a Rudolph Thayer.

—Llévenselo —indicó a Thompson—. El juez le espera. Y confío en que este hombre no vuelva a pisar la calle en muchos años.

Los policías obligaron al prisionero a ponerse en pie.

Pero Thayer se resistía a marcharse. Se diría que le interesaba más aclarar sus dudas que el sombrío panorama que le aguardaba.

Logró interponer sus hombros en el marco de la puerta cuando los hombres del Yard le empujaban hacia el garaje. Y, ya allí, se giró y miró a Benedith, estupefacto:

—¿Cómo supo dónde estaba Penny? —gritó, más que preguntó. Benedith sonrió.

Sus nervios se habían esfumado. Ahora se sentía casi feliz.

—Fue una idea repentina —confesó—. Delaney le confundió con el padre Sheridan, cuando usted penetró en el garaje. Mencionó la parroquia católica de Saint Francis, que debía estar situada en las inmediaciones del distrito de Wood Green... ¡Debí haber caído en ello mucho antes...! Pero confieso que no fue así. Sólo cuando palpé su chaqueta del traje *clergyman* acudió el pensamiento a mi mente. Usted se había disfrazado con el traje de un sacerdote católico... ¿Dónde le sería más fácil obtenerlo que en la iglesia de Saint Francis? El tiempo era un dato crucial: usted, Thayer, secuestró a Penny Hastings, a las siete de la tarde. No tuvo mucho tiempo de sobras... antes de venir aquí. En fin: tomé un coche y me trasladé a Saint Francis. Mi corazonada se mostró certera: en la sacristía estaban Penny y el padre Sheridan, ambos atados y amordazados. Lo demás...

Thompson empujó a Thayer a lo largo del pasillo. Cuando pasaban junto a Delaney y Penny (que seguían estrechamente abrazados y prodigándose afectos muy íntimos), Thayer dirigió una mirada iracunda a Goodguy.

Barbotó algunas palabrotas que fueron rápidamente acalladas por los enérgicos empujones de los policías.

Fuera, a punto de tomar su automóvil, Jim Benedith sonrió beatífico.

—No olviden que Thayer debe cambiarse de vestimenta... He prometido al padre Sheridan que mañana le devolveré su *clergyman* —dijo, afable.

* * *

Al cabo de un año, el inspector James Benedith volvió a la sucursal del West Bank situada en Gummerbury Park, Oeste de Londres.

Edmond Carlyle Brown, el gerente, se sorprendió mucho al ver al policía.

—¡Ah, inspector Benedith! —exclamó, un tanto despectivo—. Imagino que aún no ha encontrado los cinco millones de libras que nos robaron hace un año...

Benedith carraspeó, miró de pies a cabeza a aquel atildado hombrecillo calvo y dijo:

—Me ha costado mucho tiempo comprobar su ineptitud, señor Brown. Por fortuna, la policía inglesa se preocupa de sus contribuyentes.

Como Brown enrojeciera hasta su calva coronilla, Benedith

dulcificó el tono de su voz:

—Según mis investigaciones, los ladrones son unos sentimentales. Se limitaron a llevarse unas cuantas colecciones de sellos, viejas monedas y... cartas de amor.

Brown se rehízo.

—¿Y los cinco millones de libras? —chilló.

Benedith le golpeó la espalda con suavidad.

—Domínese, Brown. No ofrece a sus clientes y empleados una imagen muy digna —recomendó. Y en voz baja añadió—: Aunque usted no me resulta particularmente simpático, estoy dispuesto a echarle una mano.

Edmond Carlyle Brown sacó el hundido pecho y carraspeó.

—¿Cómo, si puedo saberlo, inspector Benedith? —respondió en el mismo tono de voz.

—Echemos una ojeada a la cámara acorazada —propuso el policía. Miró su reloj pulsera y dijo—: Son las diez menos cinco. Si todo sigue igual que hace un año, la puerta de la cámara podrá abrirse dentro de cinco minutos, ¿no es así?

—En efecto. Pero no comprendo...

—Verá —explicó Benedith, pensativo—. Siempre he tenido la opinión de que los empleados de banca son un tanto... despistados. ¿Se le ha ocurrido registrar la cámara, de arriba abajo? Según recuerdo, había una especie de armario blindado al frente, ¿no es cierto?

—Cierto. Pero allí sólo se guardan documentos del banco, papeles que no...

El mecanismo de relojería de la cámara avisó con un zumbido. Brown se volvió y giró la manivela. Prudentemente, Benedith se volvió de espaldas. Un segundo después, la puerta se abría lentamente.

Perplejo, Brown penetró en la cámara y Benedith le siguió.

Echaron una ojeada al recinto. A la derecha estaban las cincuenta cajas de alquiler, perfectamente alineadas y numeradas. A la izquierda, la estantería donde solían amontonarse los depósitos de caja bancarios (había un regular montón de fajos, cuidadosamente apilados), y al frente se veía un alto armario blindado.

—Sinceramente, amigo Brown... —susurró Benedith con voz amable—. ¿Miró ahí dentro después de descubrir la falta del dinero? —el policía señalaba el armario.

—No..., no se me ocurrió tal cosa —farfulló el director—. Sobre... todo... después de advertir la falta del dinero.

—¿Quién fue el que hizo el depósito? —inquirió Benedith, mirándole fijamente.

—No recuerdo. O, mejor dicho, ¡sí! Creo, creo que... ¡fue Dominic, el cajero!

—Pero no está seguro.

—No... —se atragantó Brown.

—¿Podríamos hablar con Dominic? —preguntó el inspector.

—No... lo sé. Se jubiló al alcanzar la edad reglamentaria. Ignoro dónde reside actualmente. Aunque...

—No importa. Quizá Dominic optó por guardar el dinero en ese armario. Era una cantidad considerable de dinero, ¿no?

—Desde luego, pero...

—Echemos una mirada por si acaso. ¿Tiene las llaves? —preguntó Benedith, solícito.

—No. Es decir, sí —respondió.

Y sacó un abultado llavero y seleccionó una llave. Ante ellos aparecieron tres pilas de carpetas de plástico que llegaban hasta el tope del armario.

Viendo que Brown era incapaz de reaccionar, el policía introdujo una mano entre aquellas carpetas, apartó un montón considerable... y sacó un apretado fajo de billetes.

—¡Oh, oh, oh! —exhalaba sus grititos, el gerente, pasmado de asombro.

Cuando, minutos después, extrajeron el dinero que había permanecido oculto detrás de aquellas carpetas, lo contaron minuciosamente y llegaron a la conclusión de que había cinco millones de libras esterlinas.

—Pero, pero, pero... —murmuraba Brown, incrédulo.

—Pura intuición, amigo mío. Vigilábamos estrechamente a los «especialistas» capaces de dar un golpe semejante, pero no apareció una sola libra en los medios que podríamos llamar «profesionales». Eso me hizo sospechar... Pensé que quizá... Bien, no quiero alargar este momento jubiloso, señor Brown. Supongo que se siente muy satisfecho al saber que sus dichosos cinco millones *jamás salieron de esta cámara*.

Brown abrió unos ojos como platos.

—Evidentemente —farfulló—. Evidentemente. Aunque no comprendo todavía cómo...

Una hora más tarde, el inspector Benedith telefoneó a Delaney.

—¿Allan? Todo está en orden. Bueno... quiero decir que Brown encontró su dinero —informó.

—¡Estupendo! Supongo que eso le habrá quitado un peso de encima, Jim...

—Relativamente, amigo mío. Aún quedan muchas cosas por explicar. No logro imaginar por qué metieron el dinero en el armario blindado. Si no pensaban llevárselo, ¿por qué ocultarlo?

—preguntó.

—Pura broma, amigo mío. Se me ocurrió la idea para frenar un poco la codicia de Poody. Cuando le propuse el asunto sus ojos relucieron de puro goce. Ocultó los fajos tras esas carpetas y... se quedó tranquilo.

Aunque Delaney no podía verle, Benedith adoptó una expresión severa.

—Allan, si cree que todo está liquidado, yo...

—Ya lo sé: quiere saber cómo nos fugamos de Castlemoor y también cómo conseguimos volver...

—¡Sí! —gritó más que dijo Jim Benedith.

—No puedo prometerle nada, pero vaya el jueves por la tarde a Pine Hill, donde Penny y yo iremos a vivir en cuanto nos casemos, el sábado. Tal vez consiga extraer alguna conclusión jugosa. Es todo cuanto puedo decirle.

EPILOGO

Era una tarde radiante, a principios de primavera.

Benedith dejó su coche fuera del camino y emprendió el ascenso a la colina. Alcanzaba los pinos que daban nombre a aquella elevación, cuando por encima de las copas de los árboles vio surgir una forma alargada —como un pequeño dirigible— que flotaba en el aire y se deslizaba lentamente hacia la vaguada.

Pasmado de asombro, Jim siguió con la vista el raroartilugio. El dirigible no era otra cosa que una envoltura fusiforme de malla de nylon que en su parte inferior colgaba un delgado bastidor de tubos de duraluminio.

Lo más espectacular del conjunto eran los tres hombres que pedaleaban afanosamente sobre sendos sillines en la estructura colgante. El impulso de sus piernas se transmitía a una cadena—tándem que movía una gran hélice posterior de madera, lo que permitía avanzar, aunque lentamente, al aeróstato. Un timón que sobresalía por detrás de la enorme, pero ligera, hélice permitía orientar el vehículo aéreo.

Benedith volvió sobre sus pasos y tomó del interior de su coche unos prismáticos. Miró a través de ellos, los graduó... ¡y reconoció a Delaney, Jackson y Gillman que pedaleaban con todo el afán del mundo!

Cerca de allí, los participantes en la merienda campestre prorrumpieron en una ovación entusiasta. Un poco después —cuando Benedith descendía hacia los chalets—, el ingenioso aeróstato descendía suavemente y Delaney, Jackson y Gillman saltaban a tierra, tras lo cual aseguraron el dirigible a tierra.

A Benedith se le había quedado la garganta seca: ¡por fin sabía cómo lo habían conseguido! Pero, naturalmente, aquellos granujas no iban a salirse con la suya.

Forzó una sonrisa cuando Penny y Allan vinieron a saludarle.

—Venga, diviértase —invitó Delaney—. Hay cerveza abundante y comida para todos. Olvide todos sus problemas, inspector. ¡Hoy es un bello día para todos nosotros!

Pusieron en su mano un emparedado de ternera, enorme. Poody le trajo una botella de cerveza y se alejó murmurando:

—Sigo pensando que es el policía más loco que he conocido...

Pero Delaney se apresuró a distraer la atención de Benedith, que en aquel momento se llevaba la botella de cerveza a los labios.

Allan paseó su mirada lentamente por el hermoso valle. Luego miró a la alegre gente que comía, bebía y bromeaba llena de

júbilo. Y por último miró a Penny, que se colgaba de su cintura.

—Es un bello día, Jim —dijo Allan, sonriente—, ¡Celebrémoslo!

Benedith se atragantó con el brusco golpe en la espalda. Sonrió apuradamente, tragó el bocado que tenía en su boca y bebió un largo trago de cerveza.

—Sí —farfulló—. Hoy es un hermoso día, pero mañana... ¡mañana volveré a ser el inspector Benedith!

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**